

INFORME DE LA COMISIÓN EN TEOLOGÍA Y RELACIONES ECLESIAÍSTICAS

TEOLOGÍA Y PRÁCTICA DE LA ORACIÓN

Un enfoque luterano

IGLESIA LUTERANA DEL SÍNODO DE MISSOURI

NOVIEMBRE 2011

Este documento también está disponible en inglés de Concordia Publishing House (CPH ítem 09-2623) y en línea en www.lcms.org/ctcr

Teología y práctica de la oración: abreviaciones

AE	Luther's Works (Obras de Lutero). Ed. Americana 55 vols. St. Louis: Concordia and Philadelphia: Fortress, 1955-1985
AEs	Los Artículos de Esmalcalda
Ap	La Apología de la Confesión de Augsburgo
CC	Culto Cristiano
CMA	El Catecismo Mayor
CME	El Catecismo Menor
LC	El Libro de Concordia: Las Confesiones de la Iglesia Evangélica Luterana. Editado por Andrés A. Meléndez (St. Louis: Concordia Publishing House, 1989).
RVC	Reina Valera Contemporánea
WA	Luther, Martin. Luthers Werke: Kritische Gesamtausgabe. [Schriften.] 65 vols. Weimar: H. Böhlau, 1912–21.

Copyright © 2013 Iglesia Luterana del Sínodo de Missouri
1333 South Kirkwood Road, St. Louis, MO 63122-7295
Hecho en los Estados Unidos de América

Derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación, o transmitida en alguna forma, o por algún medio electrónico, mecánico, fotográfico, grabado o de otra forma, sin previo permiso escrito de la Iglesia Luterana del Sínodo de Missouri.

A no ser que se indique lo contrario, las citas de las Sagradas Escrituras son de Reina Valera Contemporánea® © Sociedades Bíblicas Unidas, 2009, 2011.

Los tipos Symbol Greek II y New Jerusalem utilizados para imprimir este trabajo están disponibles en Linguist's Software, Inc., PO Box 580, Edmonds, WA 98020-0580, USA; teléfono (425) 775-1130; www.linguistsoftware.com.

TEOLOGÍA Y PRÁCTICA DE LA ORACIÓN
Un enfoque luterano

Prefacio.....	4
Introducción.....	6
Capítulo Uno: ¿Qué es la oración?.....	7
La oración como una práctica religiosa universal.....	7
La oración según se la describe y define en la Sagrada Escritura.....	9
La relación vital entre la oración y el Evangelio.....	11
Malentendidos habituales acerca de la oración.....	15
Capítulo Dos: ¿Por qué oran los cristianos?.....	20
La oración y la “paradoja” de la Ley y el Evangelio.....	20
Por qué Dios nos exhorta a orar.....	22
La oración y la paradoja de influenciar a un Dios inmutable.....	27
Una pregunta final.....	30
Capítulo Tres: ¿Cómo oran los cristianos?.....	32
Jesús nos enseña a orar.....	32
La forma o manera de la oración cristiana.....	33
Las palabras o contenido de la oración cristiana.....	37
La Primera Petición: “Santificado sea tu nombre”	39
La Segunda Petición: “Venga tu reino”	41
La Tercera Petición: “Que se haga tu voluntad, así en el cielo, como en la tierra”	44
La Cuarta Petición: “El pan nuestro de cada día dánoslo hoy”	46
La Quinta Petición: “Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores”	49
La Sexta Petición: “No nos dejes caer en la tentación”	51
La Séptima Petición: “Más líbranos del mal”	53
Conclusión.....	56

TEOLOGÍA Y PRÁCTICA DE LA ORACIÓN

Un enfoque luterano

Prefacio

En la Apología de la Confesión de Augsburgo, Felipe Melancton declaró que, en las iglesias de la Confesión de Augsburgo, los sermones evitaran hablar de trivialidades y trataran los aspectos centrales de la vida cristiana. Entre ellos mencionó específicamente a la oración: “cómo debe ser y que cada persona puede estar completamente segura que es eficaz y que es escuchada.”¹ Que la oración debe ser identificada como un aspecto central de la vida cristiana y un tema de predicación y enseñanza, y luego ser más explicada en cuanto a sus formas y la certeza de su eficacia, no es poca cosa. Consistente con todo esto es el encargo que ha estado en la agenda de la Comisión en Teología y Relaciones Eclesiásticas (CTCR) de proveer un estudio sobre la teología y práctica de la oración.

Uno puede pensar que la oración es algo tan común, que no necesita ser estudiada. Los cristianos de todo el mundo oran en las iglesias, en sus hogares, en el trabajo—o dondequiera que se encuentren. Las personas genéricamente “espirituales” oran. Tampoco falta oración en los templos hindús, en las mezquitas musulmanas, en los monasterios budistas, y en los santuarios animistas. Hasta podemos decir que incluso el ateo secular, al mencionar sus esperanzas y deseos, está orando al único “dios” que conoce.² Entonces, si a todos los que les importa este tema ya parecen saben lo que es la oración, ¿para qué estudiarla?

La razón por la cual la oración requiere una consideración teológica es, justamente, por su universalidad. Todo el mundo ora... pero a dioses de concepciones infinitamente diferentes. Incluso dentro de los grupos e iglesias cristianas a menudo hay marcadas diferencias en la comprensión de la oración. El encargo dado a la CTCR incluyó dos razones para el estudio sobre la oración: (1) la importancia de la oración en la piedad cristiana, y (2) la tendencia a hablar de la oración como si fuera un “medio de gracia.”³ Esto muestra tanto la necesidad de alentar a los cristianos a orar, como también el potencial de que la interpretación cristiana de la oración sea malinterpretada.

El objetivo de este estudio es alentar a orar, a la vez que alertar acerca de posibles malentendidos, desde la perspectiva de la teología luterana. Como tal, este documento es, por naturaleza,

¹ Los temas que menciona, incluyen: “arrepentimiento, temor de Dios, fe en Cristo, la justificación por la fe, consuelo de la conciencia por la fe, el ejercicio de la fe, la oración (*cómo debería ser y que todos pueden estar completamente seguros que es eficaz y es escuchada*), la cruz, respeto por los magistrados y las autoridades civiles, la distinción entre el reino de Cristo (el reino espiritual) y los asuntos políticos, el matrimonio, la educación e instrucción de los niños, la castidad, y todas las obras de amor” (énfasis agregado). *Libro de Concordia: Las Confesiones de la Iglesia Evangélica Luterana*, Editado por Andrés A. Meléndez (St. Louis: Concordia Publishing House, 1989). [Nota: de ahora en más: LC] Futuras referencias al *Libro de la Concordia* proveerán el artículo, la sección y el número de la página.

² Greg Epstein, humanista y capellán ateo de la Universidad de Harvard, reconoce esto en *Good Without God: What a Billion Nonreligious People Do Believe* (New York: Harper Collins, 2005), 179-181.

³ En la teología luterana, la expresión “medio de gracia” equivale a la Palabra de Dios y los Sacramentos. Este concepto es discutido con más detalle más adelante.

intencionalmente *teológico* (y no “de inspiración”, “devocional”, “práctico”, etc.). No es un libro con pasos que enseñen “cómo mejorar” la vida de oración. Es accesible para la persona laica catequizada, pero está dirigido especialmente a pastores, obreros profesionales de la iglesia y líderes laicos, quienes frecuentemente reciben preguntas acerca de las realidades teológicas de la oración y tratan este tema en sermones, clases bíblicas, visitas de evangelismo y conversaciones sobre la fe tanto con cristianos, como con no cristianos. También se enfoca en forma no apologética en la comprensión *luterana* de la oración. Citando con frecuencia las Confesiones Luteranas y los escritos de Martín Lutero, da luz a las realidades de la Escritura acerca de la oración. A menudo contrasta lo que creen los luteranos acerca de la oración, con los puntos de vista de otros cristianos y otras religiones. Esto lo hace basándose en la presuposición que una vida de oración firme, sana, y agradable a Dios es inseparable de una comprensión clara de lo que la Biblia enseña acerca de la oración. Por lo tanto, este documento se apoya fuertemente en la Sagrada Escritura.

La teología luterana es notoria por sus dualidades: Ley y Evangelio, justificación y santificación, Palabra y Sacramento, reinos de la derecha y de la izquierda. De la misma forma, aquí también se puede notar una cierta dualidad acerca de la oración. Consideremos los siguientes ejemplos: la oración es tan instintiva y simple como las primeras palabras de un niño, y sin embargo también es enseñada y aprendida; uno puede orar libremente con sus propias palabras dichas de corazón (*ex corde*), pero también puede orar con las palabras que fluyen de un libro (la Biblia, los himnarios, los libros de oraciones); uno puede pedirle a Dios por sus más profundos deseos, pero también puede pedir que Dios haga *su* voluntad, y no la de uno; orar es algo tan fácil como respirar, y sin embargo a menudo nos cuesta hacerlo.

Debido a tales dualidades, una teología luterana de la oración puede parecer un tanto diferente, por un lado, de la perspectiva más informal “evangélica”⁴ y, por otro, de la perspectiva más litúrgica Católico-Romana. En particular, los evangélicos son notorios por su énfasis en la oración vigorosa y libre *ex corde*. Los católicos romanos y ortodoxos cristianos, por su parte, son a menudo identificados por utilizar oraciones y prácticas tradicionales y formales. Un enfoque luterano de la oración valoriza respetuosamente ambas perspectivas, y no pone a una en contra de la otra. Al contrario, fomenta un término medio que incluye y enfatiza a ambas, a la vez que invita a todos a participar de este tesoro: “Oremos.”

⁴ El término “evangélico” lo usamos en su acepción contemporánea corriente, haciendo referencia a los cristianos e iglesias cuyo énfasis central es un compromiso personal hecho como parte de una experiencia consciente de conversión, así como enseñanzas tales como la inerrancia de la Escritura y la obligación del evangelismo personal.

Introducción

“Gracias a Dios”, escribe Martín Lutero en los Artículos de Esmalcalda, “un niño de siete años sabe lo que es la iglesia: creyentes santos y ovejas que necesitan escuchar la voz de su Pastor.”⁵

Un niño de siete años que sabe lo que es la iglesia, también sabe lo que es la oración. Toda pequeña oveja del Buen Pastor sabe que orar es simplemente “hablarle a Dios.” Orar es hablarle a Dios en respuesta a lo que él nos habla a nosotros en su Palabra, así como las ovejas responden al sonido de la voz de su pastor “balándole” sus expresiones inarticuladas de gratitud, afecto y dependencia.

“Por lo tanto”, continúa Lutero, “los niños oran: ‘creo en una santa iglesia cristiana’.”⁶ Los niños no sólo saben lo que es la oración, sino que también saben cómo orar. Ellos oran las palabras del Credo, uniéndose a otros hijos bautizados de Dios para confesar lo que Dios, a través de su Palabra, les ha enseñado a creer. Oran a la hora de la comida, a la hora de dormir y a través del día, agradeciéndole a su Padre celestial por los dones diarios de su presencia, provisión y protección. Oran la oración que el mismo Señor Jesús ha dado para que todos los hijos de Dios oren, en la cual “Dios quiere atraernos para que creamos que él es verdaderamente nuestro Padre y nosotros sus verdaderos hijos, a fin de que le pidamos con valor y plena confianza, como hijos amados a su amoroso padre.”⁷

En un sentido, entonces, el sujeto de la oración es muy simple. Por ello, entonces, junto con Lutero le damos gracias a Dios. De hecho es tan simple, que (como el mismo Evangelio) su misma naturaleza, poder y valor son a menudo ocultados de quienes son exaltados como los “eruditos” y “expertos” de este mundo. “Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra,” oró una vez Jesús, “porque estas cosas las escondiste de los sabios y de los entendidos, y las revelaste a los niños. Sí, Padre, porque así te agradó” (Mateo 11:25-26).

Pero los hijos de Dios, tengan siete o setenta años de edad, también necesitan crecer en la fe y madurar espiritualmente. Esto significa crecer también en la comprensión y práctica de la oración. En esto, como en todas las otras áreas de la vida cristiana, necesitan instrucción y admonición, guía y aliento, dirección y protección. Después de todo, no todas las voces que escuchamos hoy son la voz del Buen Pastor— incluso entre esas voces que dicen o pretenden hablar por Dios. Y no todo lo que se hace hoy como “oración” está de acuerdo con la enseñanza de la Escritura con respecto a la oración. Por estas, y muchas otras razones, Dios ha incluido en su Palabra un vasto tesoro de enseñanzas consoladoras y confiables con respecto a la oración. Y a Dios le agrada, y nosotros somos ricamente bendecidos, cuando con la humildad y el entusiasmo de un niño escudriñamos las Escrituras e imploramos, junto con los discípulos: “¡Señor, enséñanos a orar!” (Lucas 11:1).

⁵ AEs III, 11, 2, LC, 324 (del inglés).

⁶ AEs III, 11, 3, LC, 325 (del inglés).

⁷ CMe, 3:2, LC, 360.

Capítulo Uno: ¿Qué es la oración?

La oración como una práctica religiosa universal

El significado original de la palabra “oración” en inglés⁸ (‘pray’) incluye el suplicar. Orar es “suplicar” o “implorar”.⁹ La humanidad ora ante una gran necesidad y aflicción. El mendigo en la calle espera recibir ayuda para su pobreza o necesidad, e implora por ella. Pero busca esa ayuda de extraños, y no sabe si alguien va a responder. No puede dejar de suplicar, pero sin embargo odia sus circunstancias y se encuentra alienado de las mismas personas de quienes está suplicando ayuda. Su ayuda es incierta y hasta dudosa. Preferiría no tener que suplicar, pero parece no tener otra salida.

Aquí hay un paralelismo importante con la oración en su contexto religioso común. De acuerdo a los diccionarios corrientes, la oración es “un ruego (o petición) que se hace a Dios o a un dios en palabra o pensamiento,”¹⁰ es rogar o implorar a lo divino. Cuando los seres humanos enfrentan sus necesidades más desesperadas, ruegan por ayuda—suplicando no el uno al otro, sino también suplicando por la ayuda de un dios o dioses. Sin embargo, así como con el mendigo de la calle, la súplica de la humanidad caída es incierta y hasta dudosa. Aquí también está en juego la alienación, porque la humanidad está caída. La intimidad que había en el Edén entre un Dios lleno de gracia y su creación humana se ha perdido. La humanidad suplica, pero lo hace consciente de la distancia, la incertidumbre, y la alienación. ¿Estamos suplicándole al dios correcto y de la forma correcta? ¿Será que hay un dios, o estamos hablándonos a nosotros mismos? ¿Será que a quien le estamos suplicando le importamos, o siquiera se da cuenta de nuestra miseria? Tal es nuestra alienación.

El resultado es doble. Primero, nuestra necesidad significa que la oración nunca termina. Es “el rito religioso más antiguo y más universal”, un rito que “ha jugado un papel prominente en todos los sistemas religiosos.”¹¹ De alguna forma, la oración es encontrada en todas partes, en todas las edades, y entre todos los pueblos. Ni las circunstancias más desalentadoras la destruyen, ni las teorías ‘científicas’ más dañinas la impiden.¹²

⁸ Los siguientes comentarios están basados específicamente en el término “pray” (orar) en inglés. Ni los términos más precisos en hebreo o griego que se traducen como “to pray” (orar), “prayer” (oración), etc., derivan directamente de la idea de suplicar. Sin embargo, además de tales verbos específicos para “praying” (orar), el hebreo utiliza también verbos para pedir, suplicar, implorar, refiriéndose a hablarle a Dios en oración. Por ejemplo: la'v;. El griego utiliza verbos similares para orar (ejemplo: aijtevw, devomai), pedir, implorar o suplicar, así como también el verbo específico para orar (proseuvcomai). Ver los artículos sobre la oración de H. Schönweiss en *The New International Dictionary of the New Testament*, vol. 2, Colin Brown, ed. (Grand Rapids: Zondervan, 1977), 855-866. Ver también Johannes J. Louw y Eugene A Nida, *Greek-English Lexicon of the New Testament Based on Semantic Domains* (New York: United Bible Societies, 1988), 407-409, y *Theological Dictionary of the New Testament (TDNT)*, vol. 2 (Grand Rapids: Wm. B. Eerdmans, 1964), 775-816.

⁹ Ver “Pray”, *The American Heritage Dictionary of the English Language, Fourth Edition* (Houghton Mifflin Company, 2004), 1423.

¹⁰ *Webster's Ninth New Collegiate Dictionary* (Springfield, Mass: Merriam-Webster, 1990), 924.

¹¹ J. W. Acker, *Teach Us To Pray* (St. Louis: Concordia Publishing House, 1960), 5.

¹² Ronald W. Goetsch, *Power through Prayer* (St. Louis: Concordia Publishing House, 1959), 11.

En el Antiguo Testamento no sólo el pueblo de Israel ora: los vecinos de Israel también inclinan sus cabezas y levantan sus manos a un panteón de dioses que ellos creen (o esperan) pueden ayudarles, liberarles y defenderles. En el Nuevo Testamento, Pablo encuentra en el Areópago a epicúreos celosos del “Dios desconocido”, que lo motivan a decir: “Varones atenienses, he observado que ustedes son muy religiosos” (Hechos 17:22). Quizás el mejor comentario teológico sobre este encuentro es el propio discurso de Pablo en el libro de Romanos sobre el conocimiento natural de Dios: “... porque lo invisible de Dios, es decir, su eterno poder y su naturaleza divina, se hacen claramente visibles desde la creación del mundo, y pueden comprenderse por medio de las cosas hechas” (1:20). La ley de Dios (no obstante torcida y cubierta por el pecado humano) está “escrita en los corazones” de todas las personas, llevando incluso a quienes no creen, a acusarse y excusarse a sí mismos en base al código moral implantado por el mismo Dios (Romanos 2:15). Reflexionando sobre las inferencias de esta verdad bíblica y universal, J. W. Acker concluye que:

... el deseo de orar es instintivo en el hombre. Así como la creencia del hombre en la existencia del alma y en la realidad de un más allá parece ser innata, así también parece estar alojado en el corazón del hombre el impulso natural de orar. Tan naturalmente como las alas de un pájaro buscan volar, o las aletas de un pez nadan en el agua, así también el corazón humano añora tener un ser superior, un dios. Siendo consciente de su absoluta impotencia, el hombre instintivamente busca la ayuda de su dios o dioses, especialmente en tiempos de adversidad y angustia.¹³

Dios “puso en el corazón de los mortales la noción de la eternidad”, dice el Predicador, “aunque éstos no llegan a comprender en su totalidad lo hecho por Dios” (Eclesiastés 3:11). Kenneth Korby dice: “orar es humano; y reconocemos que mucha oración que es realizada día y noche, no es hecha en el nombre de Jesús.” Para estar seguros, dice, tal “oración instintiva” debe “ser distinguida de la oración de fe”. Y, sin embargo, en nuestra naturaleza creada claramente hay un impulso que no nos permite dejar de orar. Como cristianos que oramos y buscamos cumplir nuestra misión y destino como la iglesia de Dios en el mundo, debemos comprender este fenómeno.”¹⁴

Este andar “buscando a tientas a Dios” a través de la oración, aun cuando sea algo seriamente mal dirigido, es en realidad un signo del conocimiento de Dios divinamente plantado que todavía sobrevive y reaparece en cada mente y corazón humano. San Pablo bien podría responder al resurgimiento de interés en la “espiritualidad” en nuestra sociedad actual como lo hizo en la Grecia del primer siglo: “he observado que ustedes son muy religiosos.” “Muy religiosos”, pero sin embargo Pablo no pudo dejarlos como estaban porque, si bien su religiosidad identificó una necesidad muy real de Dios, ni nuestro buscar a tientas a Dios ni nuestras súplicas nos permiten encontrar o conocer a Dios con confianza.

Así es que nuestro mendigar delante de Dios también tiene un segundo resultado: el sentido de alienación y duda del mendigo. ¿Será que alguien me va a escuchar? ¿Será que alguien me va a ayudar? ¿Hay alguien ahí? ¿Hay un dios y, si lo hay, le importo? Nuestra alienación del Dios real significa que—

¹³ Acker, 5.

¹⁴ Kenneth E. Korby, “Prayer: Pre-Reformation to the Present,” en *Christians at Prayer*, ed. John Gallen (Notre Dame, Ind.: University of Notre Dame Press, 1977), 116-117.

debido a sus incertidumbres—la oración concebida por el hombre inevitablemente trata de negociar con Dios o con los dioses. Busca un método, fórmula, mantra, sacrificio, postura—*algo*—que pueda producir una respuesta favorable.

“El hombre es un mendigo delante de Dios.”¹⁵ Además, a menos que él se nos dé a conocer, a Dios no lo conocemos. Por cierto que parte del propósito de este estudio es identificar y tratar las deficiencias en las formas “muy religiosas” de oración que no están basadas en la enseñanza pura del Dios revelado en la Sagrada Escritura (ver, por ejemplo: “Mal entendidos habituales acerca de la oración”, más abajo). Sin embargo, debemos recordar cómo Pablo se dirigió a los que adoraban al “Dios desconocido” en Atenas. Las prácticas de oración que no están basadas en las Escrituras deben ser identificadas y rechazadas, pero los pecadores que buscan desesperadamente a Dios a tientas también deben ser dirigidos con amabilidad y amor en la dirección correcta: “Pues al Dios que ustedes adoran sin conocerlo, es el Dios que yo les anuncio” (Hechos 17:23). La exhortación “urgente” de Pablo a Timoteo parece correcta en este contexto, y también se aplica a nosotros:

Ante todo, exhorto a que se hagan rogativas, oraciones, peticiones y acciones de gracias por todos los hombres... Porque esto es bueno y agradable delante de Dios nuestro Salvador, el cual quiere que todos los hombres sean salvos y lleguen a conocer la verdad. Porque hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, que es Jesucristo hombre, el cual se dio a sí mismo en rescate por todos... (1 Timoteo 2:1-6).

En este estudio, el tema de la oración lo enfocamos no sólo desde la base de las “definiciones del diccionario”, sino también desde la perspectiva de quienes aceptan sin reserva las Escrituras del Antiguo y Nuevo Testamento como la Palabra de Dios escrita y la única regla y norma de fe y práctica, y que afirman sin reserva los escritos confesionales de *El Libro de Concordia* como una exposición verdadera y fiel de la Palabra de Dios. ¿Qué es la oración, de acuerdo al testimonio claro y consistente de las Sagradas Escrituras? ¿Qué es especialmente único y digno de ser mencionado acerca del tratamiento de la oración ofrecido en las Confesiones Luteranas? Y, ¿cómo aplicamos la enseñanza de las Escrituras y de las Confesiones Luteranas con respecto a la oración, a las preguntas y desafíos que el pueblo de Dios enfrenta hoy en esta área, de tal manera que sus corazones y vidas puedan enriquecerse y fortalecerse más profundamente a través del don de la oración? Estas son las preguntas básicas que forman los parámetros para este estudio.

La oración según se la describe y define en la Sagrada Escritura

Primero que nada debemos notar que las Escrituras no nos proveen una definición sistemática y comprensiva de la oración. La Biblia utiliza una amplia gama de términos hebreos y griegos—tanto términos técnicos litúrgicos como palabras comunes del discurso humano—para denotar varios aspectos del acto de oración.¹⁶ Quizás más llamativo es que mucha de la descripción y la enseñanza de la

¹⁵ San Agustín, *Sermo 56, 6, 9: Patrologia Latina* 38, 381; cf. *Catechism of the Catholic Church* (New York: Doubleday, 1994) §2559.

¹⁶ Patrick Miller provee una detallada discusión de la terminología utilizada en el AT y en el NT para comunicarse con la Deidad, *They Cried to the Lord* (Minneapolis: Fortress Press, 1994), 32-42. Cp fn. 8, p.9 más arriba.

Escritura con respecto a la oración, de acuerdo a Patrick Miller, “la pone en la categoría del discurso ordinario, a menudo en situaciones de la existencia diaria, a veces más críticas que otras.”¹⁷ Las palabras comunes para “decir” o “hablar”, cuando en la Biblia son usadas en el contexto de “hablar a Dios”, se convierten en parte del vocabulario de la oración. El uso frecuente en la Biblia de este “lenguaje no-técnico” para la oración, “le obliga a uno a hacer una definición amplia, más que limitada, de la manera de hablar acerca de la oración que utilizamos en el lenguaje común, o sea, una *conversación con Dios*.”¹⁸ Por lo tanto, en un sentido, la “definición del diccionario” ofrecida más arriba también calza en la descripción que la Biblia hace de la oración, que sugiere que la pregunta teológica crítica no es tanto: “¿Qué es la oración?”, sino más bien: “¿Quién es el Dios a quien buscamos para conversar?”

Las definiciones de la oración ofrecidas por teólogos cristianos a través de los años reflejan tanto la simplicidad como la profundidad del tratamiento que la Escritura da a la oración. Ya en el segundo siglo después de Cristo, Clemente de Alejandría definió sucintamente la oración como “conversación y trato con Dios.”¹⁹ La mayoría de las subsecuentes definiciones han hecho eco de la descripción simple, pero aun así escritural, de Clemente sobre la oración, incluyendo la siguiente de Lutero: “Todos los maestros de las Escrituras concluyen que la esencia y naturaleza de la oración no es más que elevar el corazón o la mente a Dios.”²⁰ “Es totalmente Escritural”, dice el teólogo luterano Francis Pieper, “definir la oración como ‘la conversación del corazón con Dios’ (Salmo 27:8), sea que sólo el corazón comulga con Dios sin vestir la oración con las palabras de la boca, o que la boca dice la oración del corazón.”²¹ Martin Chemnitz explica que oramos cuando:

... cuando derramamos nuestro corazón delante de Dios y, yendo así al trono de gracia, nos dirigimos, con sumisión filial y verdadera devoción del corazón, a Dios nuestro Padre, quien está presente y escucha y, movidos por su mandamiento y confiando en su promesa, ponemos delante de él nuestros problemas y deseos en verdadera fe a través y por los méritos de Cristo, buscando misericordia, gracia y ayuda en las cosas que pertenecen a su gloria y son necesarias, útiles y saludables para nosotros, o le damos gracias por las bendiciones recibidas y alabamos y glorificamos su nombre.²²

Pero por más útiles que estas definiciones sean, las Escrituras sobre las cuales están basadas parecen estar menos preocupadas con *definir* la oración de lo que están con urgir y mover al pueblo de Dios a que se involucre en su *práctica*. Desde la pista tentadora de Moisés acerca de la comunión y conversación íntima entre Adán y Eva y Dios “que iba y venía por el huerto con el viento del día” (Génesis 3:8), hasta el retrato agonizante que pinta Lucas del Dios encarnado en el Jardín de Getsemaní, quien “lleno de angustia, oraba con más intensidad. Y era su sudor como grandes gotas de sangre que

¹⁷ Miller, 33.

¹⁸ Miller, 33. Es interesante que Miller también dice que “no existen marcadas distinciones en la terminología entre los tipos de oraciones—aparte de los diferentes grupos de vocabulario pertenecientes a peticiones y alabanzas. Intercesión, petición, quejas y confesión pueden todas ocurrir bajo una variedad de designaciones.”

¹⁹ Ver Goetsch, 19.

²⁰ AE 42:25

²¹ F. Pieper, *Christian Dogmatics*, vol. 3 (Saint Louis: Concordia Publishing House, 1953), 77.

²² M. Chemnitz, *Ministry, Word and Sacraments: An Enchiridion* (St. Louis: Concordia Publishing House, 2007), 138.

caían hasta la tierra” (Lucas 22:44; Hebreos 5:7), hasta la gloriosa visión—y ferviente ruego—de Juan de la consumación prometida de las oraciones del pueblo de Dios en el Jardín del Edén renovado y restaurado (Apocalipsis 7:9-17; 8:3-4; 22:1-6; 22:20), la Palabra de Dios invita e incita al pueblo fiel de Dios a que ore sin cesar.

“Oren”, les dice Jesús a sus discípulos, “para que no caigan en tentación” (Mateo 26:41). “Oren en todo tiempo con toda oración y súplica en el Espíritu, y manténganse atentos, siempre orando por todos los santos. Oren también por mí, para que cuando hable me sea dado el don de la palabra y dé a conocer sin temor el misterio del evangelio, del cual soy embajador en cadenas. Oren para que lo proclame sin ningún temor, que es como debo hacerlo” (Efesios 6:18-20). Lucas nos dice que los primeros cristianos: “se mantenían fieles a las enseñanzas de los apóstoles y en el mutuo compañerismo, en el partimiento del pan y en las oraciones” (Hechos 2:42). Santiago nos asegura que: “La oración del justo es muy poderosa y efectiva” (Santiago 5:16), y Pablo instruye a Timoteo, diciéndole: “Por tanto, quiero que los hombres oren en todas partes, y levanten manos santas, sin ira ni contienda” (1 Timoteo 2:8). Juan nos deja entrever las “oraciones de los santos” elevándose al trono celestial del Cordero que fue muerto por los pecados del mundo (Apocalipsis 5:8), y Pedro solemnemente nos recuerda: “El fin de todo se acerca. Por lo tanto, pórtense juiciosamente y no dejen de orar” (1 Pedro 4:7).

Como estos “ejemplos de las Escrituras” sobre la oración así lo ilustran, ese “derramar el corazón” y “elear el corazón o la mente” a Dios, puede tomar muchas formas y ocurrir en muy diversas circunstancias. Puede darse en lo secreto de una recámara privada, o en la reunión pública de los fieles reunidos en adoración. Puede darse en el silencio del corazón de la persona, o en el canto colectivo de la congregación. Puede surgir espontáneamente, o puede ser expresado en los estribillos de la liturgia de la iglesia. Puede tomar la forma de alabanza, adoración y acción de gracias, confesión (de pecados), profesión (de fe), intercesión (por otros), o petición (por uno mismo). En la Biblia:

el lugar santo y la sala privada, el santuario y el lecho del enfermo, son todos lugares de oración. Ciertas horas y cualquier hora, tanto la mañana como la noche, cualquier hora es buena para orar. Las Escrituras identifican a la oración como un acto que se puede realizar en ciertos momentos y lugares, y hacer como rutina de ciertas formas. Pero no se la confina a tales formas. La formalidad y rutina se intercambian con la informalidad y libertad en cuanto al tiempo y lugar de la oración.²³

Sin embargo, más allá del tipo o circunstancia de la oración, lo que debe ser enfatizado en primer lugar y por encima de todo es que, *en las Escrituras, la oración que agrada a Dios siempre es una respuesta del creyente a la gracia que Dios le regala gratuitamente a través de su Hijo Jesucristo.*

La relación vital entre la oración y el Evangelio

“Si queremos aprender a orar, debemos volvernos como niños. Porque eso es lo que realmente somos, hijos de Dios a través de la fe en Jesucristo. Por lo tanto, el primer paso en la oración es entrar en la presencia de Dios, nuestro amoroso Padre, como sus queridos hijos. Y sólo hay una manera de hacerlo:

²³ Miller, 50

en el nombre de Jesús.”²⁴ El cristiano reconoce que la oración nunca puede estar separada de la Palabra encarnada y del Señor por quien, y a través de quien, es posible que los pecadores se presenten ante Dios, le hablen, y esperen ser escuchados. “A ti clamo, Señor, desde el fondo de mi angustia”, suplica el salmista. “¡Escucha, Señor, mi voz! ¡Que no se cierren tus oídos al clamor de mi súplica! Señor, si te fijaras en nuestros pecados, ¿quién podría sostenerse en tu presencia? Pero en ti hallamos perdón, para que seas reverenciado” (Salmo 130:1-4). Sin embargo, de acuerdo a la Escritura: “sin derramamiento de sangre no hay perdón” (Hebreos 9:22). Por lo tanto, es sólo “por la sangre de Jesucristo, por el camino nuevo y vivo que él nos abrió a través del velo, es decir, de su propio cuerpo”, que tenemos el privilegio y somos invitados a acercarnos “con un corazón sincero, y con la plena seguridad de la fe” (Hebreos 10:19-22). Sólo por virtud de nuestra adopción como hijos de Dios a través de nuestro bautismo en la muerte y resurrección de Cristo podemos decir: “¡Abba, Padre!” (Romanos 8:15). Sólo a través de la obra reconciliadora de nuestro sumo sacerdote Jesús, el Hijo de Dios, podemos acercarnos “confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia cuando necesitemos ayuda” (Hebreos 4:16).

“Abrahán le creyó a Dios”, dice Pablo, “y esto se le tomó en cuenta como justicia” (Génesis 15:6; Romanos 4:3). En esta justicia—la justicia de la fe—Abrahán y los otros santos del Antiguo Testamento oraron y fueron escuchados (por ejemplo: Santiago 5:10-11, 13-18). David escribió la mayor parte del más grande libro de oración en la Biblia, el cual proclama una y otra vez la felicidad del hombre a quien Dios atribuye justicia sin obras: “Dichoso aquel cuyas iniquidades son perdonadas, y cuyos pecados son cubiertos. ¡Dichoso aquél a quien el Señor no culpa de pecado!” (Romanos 4:6-8; cf. Salmo 32:1).

Por lo tanto, en las Escrituras la oración “tiene que ver con un reconocimiento del acercamiento amoroso de Dios en Cristo (Efesios 3:14-21), y con nuestra respuesta a ella en una variedad de formas (por ej.: alabanzas, acciones de gracias, peticiones, intercesiones, confesión, auto entrega)”.²⁵ Claramente, ese “acercamiento amoroso de Dios en Cristo” es lo que llena el corazón y la mente de San Pablo cuando derrama su alma ante Dios en nombre de sus hermanos en Cristo en Éfeso:

“Por eso yo me arrodillo delante del Padre de nuestro Señor Jesucristo, de quien recibe su nombre toda familia en los cielos y en la tierra, para que por su Espíritu, y conforme a las riquezas de su gloria, los fortalezca interiormente con poder; para que por la fe Cristo habite en sus corazones y para que, arraigados y cimentados en amor, sean ustedes plenamente capaces de comprender, con todos los santos, cuál es la anchura, la longitud, la profundidad y la altura del amor de Cristo; en fin, que conozcan ese amor, que excede a todo conocimiento, para que sean llenos de toda la plenitud de Dios. Y a Aquel que es poderoso para hacer que todas las cosas excedan a lo que pedimos o entendemos, según el poder que actúa en nosotros, a él sea dada la gloria en la iglesia en Cristo Jesús por todas las generaciones, por los siglos de los siglos. Amén” (Efesios 3:14-21).

²⁴ Harold L. Senkbeil, *Dying to Live: The Power of Forgiveness* (St. Louis: Concordia Publishing House, 1992), 142.

²⁵ John Koenig, *Rediscovering New Testament Prayer* (San Francisco: Harper Collins, 1992), 7.

Las palabras de Pablo ilustran en forma poderosa cuán imposible es comprender, discutir o practicar la oración como se la presenta en la Escritura, separada del Evangelio de Cristo a través del cual es dada como un don gratuito y al cual se responde también en forma gratuita.

El evangelio afirma—y también fue lo que la primera iglesia descubrió como verdadero—que todo lo que tiene que ver con nuestra relación con Dios es y sucede a través de Jesucristo y en virtud de él, que aquel que vivió y murió como el tabernáculo de Dios entre nosotros (Juan 1:14) es el mediador de cada dimensión de nuestra vida y muerte con Dios. Por lo tanto, ciertamente cada acción de gracias, cada oración de bendición, cada súplica por otros, también es *a través de Cristo*.²⁶

Para los luteranos, la doctrina de la justificación sólo por gracia a través de la fe en Cristo, es la base de la fe. Lutero lo llamó “el artículo principal de nuestra fe”, sin el cual “la iglesia no puede existir”²⁷ —o, como a menudo se parafrasea, “el artículo sobre el cual la iglesia se apoya o se cae.” Como tal, está vital y orgánicamente relacionado a todas las otras enseñanzas de la Escritura, incluyendo la enseñanza de la Escritura con respecto a la oración. La estrecha conexión que existe entre la oración y el Evangelio está fuertemente enfatizada en Lutero y en las Confesiones Luteranas. “Esta confianza en la promesa divina y en los méritos de Cristo debe ser parte integrante de nuestra oración. Porque debemos estar absolutamente seguros de que *por causa de Cristo* se nos escucha cuando oramos, y de que *por sus méritos* tenemos un Padre reconciliado.”²⁸ En su exposición del Salmo 51, Lutero nos recuerda que el Dios a quien David derrama su corazón no es cualquier dios, sino el Dios quien

... está vestido en Su Palabra y promesas, de tal manera que del nombre “Dios” no podemos excluir a Cristo, a quien Dios prometió a Adán y a los otros patriarcas. Debemos aferrarnos a este Dios, no desnudo sino vestido y revelado en su Palabra; de otra forma, ciertamente la desesperación nos aplastará.²⁹

Los no creyentes, dice Lutero,

... hablan con Dios desde fuera de su Palabra y promesas, de acuerdo a los pensamientos de sus propios corazones; pero los profetas hablan con el Dios revestido y revelado en sus promesas y Palabra. A este Dios, vestido en tal bondadosa apariencia, por decirlo de alguna manera, con una máscara tan placentera, o sea, vestido en sus promesas—a este Dios podemos aferrarnos y mirarlo con alegría y confianza.

Esta es la razón por la cual los profetas dependieron tanto al orar en las promesas de Dios, porque las promesas incluyen a Cristo y hacen que Dios no sea nuestro juez o

²⁶ Miller, 318

²⁷ AE 4:60: “Esta [enseñanza de salvación sólo por gracia y fe] es el artículo principal de nuestra fe; si uno la elimina, como hacen los judíos, o la corrompe, como los papistas, la iglesia no puede existir.”

²⁸ Ap XXI, 20, LC, 227; énfasis agregado.

²⁹ AE 12:312.

enemigo, sino un Dios bueno para con nosotros que quiere restaurarnos la vida y salvarnos de la condenación.³⁰

“Es imposible”, dice, “que la conciencia espere algo de Dios, a menos que primero llegue a la convicción de que Dios es bondadoso por los méritos de Cristo.”³¹

Por lo tanto, como Korby nos recuerda, “a pesar de que como criaturas que somos tenemos un ‘instinto’ a orar”, “no hay nada puramente ‘natural’ acerca de la oración cristiana”.³² Más bien, ésta es posible por la actividad divina creadora de fe del Espíritu de Dios obrando a través del Evangelio. Dietrich Bonhoeffer escribe:

Es un error peligroso, ciertamente muy común entre los cristianos, pensar que el corazón puede orar por sí mismo. Porque al hacerlo confundimos deseos, esperanzas, suspiros, lamentos, alegrías—todos los cuales el corazón puede hacer por sí mismo— con la oración. Y confundimos la tierra y el cielo, el hombre y Dios. La oración no significa simplemente derramar nuestro corazón. Más bien significa encontrar el camino a Dios y hablar con él, sea que el corazón está lleno o vacío. Ningún hombre puede hacer eso por sí mismo. Para ello necesita a Jesucristo.³³

“Sólo en Jesucristo”, dice, “somos capaces de orar, y con él también sabemos que seremos escuchados.”³⁴ Quienes “buscan a Dios a tientas” en sus oraciones instintivas necesitan ser dirigidos a Cristo, para así poder verdaderamente comprender y beneficiarse del inmenso y misericordioso regalo de Dios a través de la oración.

En la medida en que Jesucristo facilita la oración, quienes están en Cristo están continuamente en oración. “Oren sin cesar”, escribió Pablo a los tesalonicenses (1 Tesalonicenses 5:17). Esta no es una invitación a repetir constantemente y sin pensar las oraciones religiosas establecidas o los sentimientos espirituales espontáneos, con la esperanza de “ganar puntos” con Dios o de moverlo a la acción. De hecho, Jesús explícitamente advierte contra tales intentos de manipular a Dios y de impresionar a los demás (Mateo 6:7), que van en contra del espíritu del Evangelio sobre el cual está basado la oración. Lo que las palabras de Pablo a los tesalonicenses quieren hacer es alentarles a una vida y actitud de continua dependencia en Dios el Padre, y a la expresión regular de esa dependencia en oración y a través de sus palabras, pensamientos y obras. Lutero lo describe de esta manera:

Donde hay un cristiano está el Espíritu Santo, quien está siempre involucrado en la oración. Porque si bien el cristiano no siempre mueve sus labios para decir palabras, sin embargo el corazón está latiendo, como las arterias y el corazón en el cuerpo, suspirando sin cesar: Oh, querido Padre, santificado sea tu nombre, venga a nos tu

³⁰ AE 12:312-313.

³¹ *What Luther Says: An Anthology*, Ewald M. Plass (St. Louis: Concordia Publishing House, 1959), 1079.

³² Korby, 114.

³³ Dietrich Bonhoeffer, *Psalms: The Prayer Book of the Bible* (Minneapolis: Augsburg Publishing House, 1970), 9-10.

³⁴ *Ibid.*, 11.

reino, hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo, etc. Y cuando los ataques, las pruebas y los problemas nos acucian y acosan, ese suspirar y suplicar se hace más urgente y hasta audible. Por lo que uno no puede encontrar a un cristiano que no esté siempre orando, así como no hay una persona viva que no tenga pulso, sino que continuamente late, aun cuando la persona pueda estar durmiendo o esté ocupada y no se dé cuenta de su latido.³⁵

Malentendidos habituales acerca de la oración

Si la oración es tanto un don como una respuesta al Evangelio, es posible (y necesario) ofrecer algunas observaciones acerca de lo que la oración *no* es. En contraste con las formas y conceptos humanamente concebidos por el hombre con respecto a la oración (tanto antiguas como modernas), la oración que agrada a Dios en la Biblia no es nunca un intento por lograr su favor o inducirlo a la acción por medio de esfuerzos, promesas o persuasión humana, o a través de algún encanto o fórmula “mágica” o mecánica. Más bien, la oración que agrada a Dios en la Escritura siempre *comienza con y está basada en* la inmerecida gracia y favor de Dios. Las palabras, hechos y promesas de la gracia de Dios llevan a orar a quienes confían en él. La oración es un “sacrificio de alabanza” en respuesta a la gracia de Dios, “el fruto de labios que confiesen su nombre” (Hebreos 13:15). La oración es la respuesta del pecador arrepentido que ha recibido el perdón completo y gratuito de su bondadoso Dios y Padre, y a quien el Espíritu mueve a expresar—interna o externamente, privada o corporativamente—su agradecimiento, sus necesidades y sus peticiones. “Hemos pecado, hemos hecho lo malo, hemos sido impíos y rebeldes”, confiesa Daniel en su oración por Judá e Israel. “Tuya, Señor, es la justicia, y nuestra es la vergüenza” (Daniel 9:5, 7). Sin embargo, por el bien del santo nombre de Dios, Daniel se atreve a orar:

“¡Inclina, Dios mío, tu oído, y escúchanos! ¡Abre tus ojos, y mira nuestra desolación y la ciudad sobre la que se invoca tu nombre! ¡A ti elevamos nuestros ruegos, no porque confiemos en nuestra justicia sino porque confiamos en tu gran misericordia! ¡Señor, Señor, óyenos y perdónanos! ¡Préstanos atención, Señor, y actúa! Por amor a ti mismo, Dios mío, ¡no tardes!, que tu nombre se invoca sobre tu ciudad y tu pueblo” (Daniel 9:18-19).

También es importante enfatizar que, a pesar que la oración en las Escrituras está basada en la gracia de Dios, en sí misma no es un *medio* de gracia. Por sí misma, la oración no es una práctica por la cual entramos o nos mantenemos en una relación salvífica con Dios. Si confundimos la oración con los “medios de gracia”—ubicándola a la par de la Palabra y los Sacramentos de Cristo—socavamos la confianza que hace posible una respuesta en oración a la gracia de nuestro Dios. También arriesgamos confundir el hecho esencial que la salvación y la vida cristiana siempre dependen de la iniciativa de la gracia de Dios y de su continua obra de santificación. La base segura para la oración la tenemos recordando que hemos sido adoptados como hijos de Dios y que somos preservados en esa relación *únicamente por Dios*. Esto nos libera para compartir con él todos nuestros temores, debilidades y pecados—incluyendo los pecados y las debilidades en nuestra vida de oración—así como también

³⁵ AE 24:89.

nuestras alegrías y alabanzas. La oración *responde* al Evangelio buscando más y más los dones del Evangelio, y Dios responde esas oraciones al derramar esos dones a través de ese mismo Evangelio.³⁶

Es común, y a veces hasta ayuda, hablar de la oración en el contexto de una “conversación con Dios”. Pero esto también puede resultar confuso, pues algunos oran sinceramente, pero no “escuchan” una respuesta. Añoran porque el Señor les hable directamente, fuera de cualquier tipo de meditación, así como ocurrió a algunos santos en la Biblia (Génesis 7:1; 12:1). La ausencia de tal palabra directa los deja desolados. O quizás sienten una respuesta, pero se preguntan si es real. Es importante recordar que la oración es el lado humano de la “conversación con Dios.” Las “voces internas” pueden ser las palabras de la conciencia o del corazón santificado guiado por el Espíritu, pero también pueden ser palabras de confusión o palabras falsas. Es vital saber que toda respuesta que escuchemos o sintamos no es válida en sí misma, sino que siempre debe estar sujeta a la Palabra revelada en la Escritura. Allí es donde podemos estar seguros de escuchar la voz de Dios. Ninguna voz interior tiene esa autoridad.

Esto requiere que mantengamos unidas la Palabra de Dios y la oración. La adoración cristiana, en sus diferentes formas—desde la individual hasta la corporativa, y desde la informal hasta la formal—inevitablemente involucra tanto la Palabra de Dios *como* la oración. De esa forma, el fiel es realmente parte de una “conversación” de ida y vuelta. Hablamos y escuchamos. Escuchamos la Palabra inequívoca y confiable de Dios, y respondemos hablando y cantando con nuestras palabras. Nuestra vida de oración personal necesita esta misma dinámica. Con buena razón, por lo tanto, a través de los tiempos los cristianos han sido alentados a practicar una vida devocional que incluye la Escritura y la oración. De esa forma, también nuestras vidas son santificadas por la Palabra de Dios y por la oración (1 Timoteo 4:5).

Además, la íntima conexión entre la Palabra y la oración se hace más explícita cuando oramos las oraciones que son en sí la Palabra de Dios: las oraciones de la Escritura. Cuando utilizamos la Palabra de Dios en nuestras oraciones, esta Palabra, por sí misma—sin nuestra ayuda y asistencia—continúa funcionando como un medio de gracia por el poder del Espíritu Santo de Dios. Quizás el ejemplo más obvio de “orar a Dios con sus propias palabras” sucede cada vez que oramos el Padrenuestro. Esta oración, dada por el mismo Señor, es siempre, y en todo lugar:

³⁶ Las Confesiones Luteranas son conscientes que el término “sacramento” (literalmente: “cosa sagrada”), en su definición amplia, puede ser aplicado a muchas actividades que agradan a Dios, incluyendo la oración. “Por último: Si hay que contar entre los sacramentos todo cuanto tiene mandamiento de Dios y lleva agregada una promesa, ¿por qué no incluimos también la oración, que con muchísima razón se puede llamar un sacramento? Tiene, en efecto, mandamiento de Dios, y numerosas promesas; y si la colocamos entre los sacramentos, como en un lugar más destacado, invitará a los hombres a hacer uso de ella.” (Ap. XIII, 16-17, LC, 204). Siguiendo esta definición, muchos otros aspectos de la vida cristiana que contienen el mandato y la promesa de Dios también podrían ser considerados “sacramentos”. Sin embargo, el punto de Ap. XIII no es “discutir largamente acerca de la cantidad de sacramentos o el nombre de los mismos” (17, LC, 204), sino determinar qué merece ser llamado “sacramento”, si este término es definido como los ritos que “tienen mandamiento de Dios y la promesa de gracia que es propia del Nuevo Testamento” (Ap. XIII, 4; LC, 202). De acuerdo a esto, “los verdaderos sacramentos son el bautismo, la cena del Señor y la absolución, que es el sacramento del arrepentimiento.” Si bien en la Escritura muchas promesas de Dios están unidas a la oración, Dios no promete que nos va a perdonar y dar su gracia por causa de nuestras oraciones.

... la Palabra de gracia de Cristo para nosotros, su obra y su regalo. Esta cosa preciosa no es algo fabricado o diseñado por nosotros mismos, ni algo que podríamos haber pensado o imaginado... Y cuando oramos de esta manera, no deja de ser su Palabra y su obra en nosotros. No es que nuestra oración es el Evangelio o un medio de gracia; pero las palabras en sí mismas, con las cuales el Señor ha abierto nuestros labios para que invoquemos su nombre, estas son, sin lugar a dudas, un regalo de Evangelio y gracia pura.³⁷

Por otro lado, y al mismo tiempo, “nuestro orar el *Padrenuestro*... es una obra genuina de fe, un sacrificio de arrepentimiento y acción de gracias, y un acto de adoración en espíritu y verdad.”³⁸ De hecho, todo acto de adoración, en tanto y en cuanto involucre e incorpore las palabras y promesas de gracia de Dios, se convierte tanto en nuestra obra (agradable a Dios), como en la obra de Dios hacia nosotros y en nosotros. “Cada acto de adoración, confesión, acción de gracias y súplica es también una obra de proclamación a quien adora.”³⁹ Cuando cantamos y oramos la Palabra de Dios en nuestra adoración, también proclamamos a nosotros mismos y a otros el Evangelio que nos permite cantar, orar y adorar en el nombre de Jesús.

Si la oración es una respuesta al Evangelio, entonces no puede ser dirigida a nadie más que al Dios del Evangelio, el Dios Trino: Padre, Hijo y Espíritu Santo. Las personas individuales de la Trinidad pueden, por supuesto, ser invocadas específicamente en la oración. En el momento de su muerte, Esteban clama: “Señor Jesús, recibe mi espíritu” (Hechos 7:59). Pablo le ruega directamente a Cristo “el Señor” (*kyrios*) en su momento de intenso sufrimiento y necesidad (2 Corintios 12:8). El apóstol también instruye a los cristianos a que “oren en todo tiempo con toda oración y súplica en el Espíritu” (Efesios 6:18), y muchos himnos son, en realidad, oraciones al Espíritu: “Espíritu divino, fiel santificador: aclare mi camino tu santo resplandor. Ven, ven a revelarme de Dios la voluntad; por Cristo ven a darme perdón y santidad.”⁴⁰

Por supuesto que todas las oraciones al verdadero Dios, en definitiva, involucran a todos los miembros de la Trinidad. El Espíritu Santo nos mueve y enseña a orar al Padre en el nombre y por la obra de Cristo. Por más fervientes o sinceras que sean, por lo tanto, las oraciones a otros “dioses” o intermediarios espirituales (incluyendo ángeles) están prohibidas por Dios en su Palabra (Éxodo 20:4; Isaías 44:6-20, Romanos 1:25). Pero, así como Dios nos advierte en contra de tales oraciones, también les ruega en amor a quienes hacen esas peticiones equivocadas que reflejan una necesidad interior por él, el único que puede escuchar y contestar las oraciones, que: “Pongan sus ojos en mí todos los términos de la tierra, y reciban salvación, porque yo soy Dios, y no hay más... Ante mí se doblará toda rodilla, y ante mí toda lengua jurará” (Isaías 45:22-23).⁴¹

³⁷ D. Richard Stuckwisch, “Lord, remember us in Your Kingdom, and Teach Us to Pray” en *We Believe: Essays on the Catechism* (Ft. Wayne, IN: Concordia Theological Seminary Press, 2000), 70.

³⁸ *Ibíd.*

³⁹ George W. Hoyer, “Worshiping Pastors and Worshiping People,” en *Toward a More Excellent Ministry*, Richard R. Caemmerer y Alfred O. Fuerbringer, ed. (St. Louis: Concordia Seminary, 1964), 136.

⁴⁰ *Culto Cristiano* (Publicaciones “El Escudo”, 1964), 90:1.

⁴¹ A la pregunta de si Dios “escucha” las oraciones de quienes no creen en el Dios Trino, la respuesta depende de lo que se entienda por “escucha”. En su divina omnisciencia y omnipresencia, Dios ve y “escucha” todo—incluyendo

También debe decirse que en ningún lugar de la Escritura quienes confían en el único verdadero Dios son instruidos a orarle a María o a los santos en el cielo, o se les promete que tales oraciones serán escuchadas o contestadas por ellos o por Dios.⁴² Sólo en el nombre de Cristo tenemos acceso al Rey celestial, a quien llamamos “nuestro Padre”, a través de Cristo, nuestro hermano (Juan 14:13-14; Hebreos 4:14-16; 2:11; Mateo 6:9). Y sólo en el nombre de Jesús, el nombre que está por encima de todos los nombres, y ante el cual toda rodilla en el cielo y en la tierra y bajo la tierra habrá de doblarse (Filipenses 2:9-10), es que la Escritura nos instruye e invita a orar.

Un énfasis en la iniciativa salvífica y la obra de la gracia de Dios nos puede llevar a pensar que la oración es de alguna forma incidental u opcional para el cristiano. Si la vida cristiana es un regalo de gracia, podemos pensar, ¿para qué vamos a trabajar en la oración? Después de todo, como hemos dicho antes (en varias oportunidades), es Dios el Espíritu Santo quien nos mueve a orar en respuesta a su gracia en Jesucristo. La Biblia incluso dice que Dios el Espíritu Santo “nos ayuda” en nuestras oraciones “intercediendo por nosotros con gemidos indecibles” (Romanos 8:26). Esta es una seguridad maravillosa y a la vez misteriosa de la presencia y ayuda misericordiosa de Dios en nuestros momentos de mayor necesidad. Sin embargo, *no* es una excusa para despreocuparnos del trabajo duro de la oración. “El hecho que el Espíritu habla por nosotros”, dice Oscar Cullmann:

“... no quiere decir que no estamos involucrados; al contrario, es precisamente por esa razón que debemos buscar conversar con Dios. El hecho que el Espíritu Santo ahora nos renueva ‘de día en día’ (2 Corintios 4.16) no nos excusa de hacer nuestras propias contribuciones, para que todos nuestros pensamientos y acciones estén influenciados por él.”⁴³

Las promesas y el ánimo que dan las Escrituras para que oremos a veces llevan a malos entendidos. Nuestro Señor promete: “Y todo lo que pidan al Padre en mi nombre, lo haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo” (Juan 14:13). Algunos sugieren que aquí Jesús promete que todo el que verdaderamente cree en él puede pedirle lo que quiera, y Dios simplemente se lo va a dar—con tal que diga las palabras: “en el nombre de Jesús” (como si fuera un mantra). Tal enseñanza es un engaño que a menudo lleva a dudar de la Palabra de Dios y de su misericordia con quienes piden, pero no reciben.

Hacer algo “en el nombre” de otro nunca es una invitación a reclamar nuestra voluntad y deseos por encima de la voluntad y deseos de esa persona. Orar “en el nombre de Jesús” es confesarlo como nuestro Señor. El ser invitado por él para orar es recibir una invitación para orar en fe y, por lo tanto, orar como él ora, y no en un espíritu contrario al suyo. Él promete conceder las oraciones de quienes están y permanecen en él y en su Palabra. No podemos orar por el mal “en el nombre de Jesús”, porque

las oraciones a los dioses falsos y las oraciones mal oradas. Sin embargo, la palabra “escucha”, en la enseñanza escritural con respecto a la oración, a menudo denota la recepción favorable por parte de Dios de las oraciones, y su promesa de responder de acuerdo con su voluntad y gracia en Cristo Jesús. Esta promesa y seguridad puede ser reclamada sólo por quienes han recibido el don de la fe en Jesucristo, en quien se cumplen todas las promesas de Dios (2 Corintios 1:20).

⁴² Para más información ver el informe de la CTCR *A Response to “The U.S. Lutheran-Roman Catholic Dialogue Report VII: The One Mediator, the Saints, and Mary”* (1994), que se encuentra en línea en www.lcms.org/ctcr.

⁴³ Oscar Cullmann, *Prayer in the New Testament* (Minneapolis: Fortress Press, 1999), 80-81.

él no va a tomar parte en nuestras maldiciones (Lucas 6:28; Santiago 3:9-10), ni tampoco alienta nuestra envidia ni codicia (Mateo 16:24-26).

La bien conocida historia de Jesús en la cual contrasta la oración orgullosa del fariseo con el ruego humilde del arrepentido cobrador de impuestos (Lucas 18:10-14) nos recuerda que el orar en el nombre de Jesús no puede ser un ejercicio en egolatría. Los reclamos exagerados de quienes creen que tienen una “línea especial con Dios” que les da a sus oraciones un poder único para hacer milagros, son equivocados y hasta arrogantes. El “poder de la oración” es a menudo visto y discutido de maneras confusas. Aparte de todo lo demás que esta frase pueda significar, lo siguiente es cierto: la oración cristiana busca el poder amoroso *de Dios*, y lo hace con confianza legítima porque lo conoce como Padre a través de su Hijo Jesucristo. Nuestra confianza en la oración es confianza en Dios. Es un hecho de la Escritura y experiencia que Dios puede y sana a sus hijos sufrientes en respuesta a sus oraciones, pero es *él* quien obra la sanidad, no la oración en sí misma, y lo hace de acuerdo a su santa voluntad. Lutero advirtió acerca de las oraciones que “se preocupan más por nuestro honor que por el de Dios”.⁴⁴ Escribiendo acerca de uno de sus héroes de la fe quien fuera conocido por sus sanidades, Atanasio explica dónde radica el poder para sanar: “Antony, entonces, sanaba no a través de órdenes, sino orando e invocando el nombre de Cristo, para que a todos les quedara en claro que no era él quien lo hacía, sino el Señor que mostraba su amor a los hombres sanando a los sufrientes a través de Antony.”⁴⁵ Notemos que Atanasio corrige el malentendido acerca del origen de la sanidad, y así *alienta* a orar por tales señales especiales de la bondad de Dios. De la misma manera, las precauciones aquí no intentan desalentar las oraciones fervientes y persistentes a Dios por sanidad y todas las otras bendiciones del cuerpo, mente y alma.

La oración, por lo tanto, es un acto de adoración solemne y alegre que fluye de la fe verdadera en gratitud por el don de Jesucristo, el Hijo de Dios. Es una *respuesta* constante a la gracia de Dios que abarca toda la vida y ser del creyente y toda la vida y ser de la iglesia. Por supuesto que también hay otras respuestas a las Buenas Nuevas del inmerecido amor de Dios en Jesucristo. Otros aspectos de la vida cristiana también fluyen del corazón agradecido del creyente en Cristo por el poder del Espíritu Santo que obra a través de los medios de gracia. Pero la oración es de tal importancia como una marca de distinción de la vida santificada, que Lutero puede decir: “Luego de la predicación del Evangelio, donde Dios nos habla, ésta es la obra mayor y principal, pues a través de la oración nosotros, a la vez, le hablamos a Dios.”⁴⁶

⁴⁴ AE, 42:21.

⁴⁵ Athanasius, *The Life of Saint Antony*, tr. Robert T. Meyer, Ancient Christian Writers (New York: Newman Press, 1950), 89 (§84).

⁴⁶ WA 46, 81.

Capítulo Dos: ¿Por qué oran los cristianos?

La oración y la “paradoja” de la Ley y el Evangelio

Responder a la pregunta: “¿Qué es la oración?” es también, en un sentido, responder a la pregunta: “¿Cuál es el propósito de la oración?”, o “¿Por qué debo orar?” Porque si la oración es, de hecho, una respuesta de fe generada por el Espíritu al inmerecido amor de Jesucristo, si es un suspiro y una súplica continua e incesante al Padre—de quien dependemos para cada aspecto de nuestra existencia como hijos de Dios, entonces es difícil imaginar a un creyente pidiendo o exigiendo una lista de “razones” para explicar o justificar la actividad de la oración. A nadie se le ocurre preguntar—utilizando las analogías de Lutero con respecto a la oración: “¿Cuál es el propósito de la respiración?”, o “¿Por qué debo permitir que mi corazón palpite?”

Pero, aun así, es a esa misma pregunta: “¿Por qué debo orar?”, que volvemos nuestra atención en esta sección. Al hacerlo tenemos la oportunidad de reflexionar una vez más en la relación íntima que existe entre la oración y el Evangelio. La pregunta: “¿Por qué debo orar?”, nos impulsa a investigar y reflexionar en la enseñanza aparentemente paradójica de la Escritura con respecto a la doble naturaleza del cristiano como *simul iustus et peccator*⁴⁷, y la continua necesidad del cristiano de escuchar la también doble (y aparentemente paradójica) voz de Dios, quien habla a su pueblo a través de su Ley y Evangelio.

Una de las discusiones más teológicamente lúcida y, al mismo tiempo, práctica y pastoral sobre el propósito de la oración, es la introducción de Martín Lutero a la exposición del Padrenuestro en *El Catecismo Mayor*. Antes de comentar cada parte, o petición, Lutero dice: “Será muy necesario previamente exhortar a la gente y estimularla a orar, como lo hicieron también Cristo y los apóstoles.”⁴⁸

Se debe notar, primero que nada, que lo “muy necesario” a que se refiere Lutero, asume la importancia de la pregunta: “¿Por qué debo orar?” Si el pueblo de Dios no luchara (externa o internamente) con esta pregunta, no sería necesario “exhortar y estimular” a la gente a orar. Con respecto a esta pregunta: “Hemos de saber primero que estamos obligados a orar a causa del mandamiento de Dios.”⁴⁹ Con esto Lutero se refiere al mandamiento de Dios contra el uso en vano de su nombre (Éxodo 20:7).

En este mandamiento se exige alabar el santo nombre e invocarlo u orar en todas las necesidades, puesto que invocar no es otra cosa que orar. Por consiguiente, orar es mandado severa y seriamente del mismo modo como todos los demás mandamientos... Esto lo requiere Dios de nosotros y ello no dependerá de nuestro arbitrio. Por lo tanto, debemos orar y es necesario que lo hagamos, si queremos ser cristianos.⁵⁰

⁴⁷ Al mismo tiempo santo y pecador.

⁴⁸ CMa 3, 4, LC, 449. Los siguientes textos se recomiendan como referencia y para estudio: Mateo 7:7; Lucas 18:1, 21:36; Romanos 12:12; Col. 4:2; 1 Tesalonicenses 5:17; 1 Timoteo 2:1; Santiago 1:6, 5:13; 1 Pedro 4:8; Judas 20.

⁴⁹ CMa 3, 5, LC, 449.

⁵⁰ CMa 3, 6, 8, LC, 449.

Estas palabras plantean una pregunta importante: ¿es la primera cosa que tenemos que saber acerca de la oración (de acuerdo a Lutero) que “Dios la ha ordenado” o, según planteamos en la sección anterior, que es una respuesta de fe a la gracia de Dios en Jesucristo?

Al tratar de contestar esta respuesta, primero que nada necesitamos prestar atención al contexto en el cual Lutero hizo esos comentarios sobre la oración en *El Catecismo Mayor*. El debate de Lutero sobre el Padrenuestro en *El Catecismo Mayor* está ubicado muy intencionalmente *después* del tratamiento cuidadoso y profundo de los Diez Mandamientos (la primera parte del catecismo), y del Credo de los Apóstoles (segunda parte). De la misma manera, Lutero comienza la sección sobre el Padrenuestro, diciendo: “Hemos oído ahora qué se debe hacer y creer... Sigue ahora la tercera parte: ¿Cómo se debe orar?”

Los Diez Mandamientos nos dicen “lo que debemos hacer”. Al mismo tiempo, exponen nuestra absoluta incapacidad—aparte del poder y la misericordia de Dios—de “hacer lo que debemos hacer.” Lutero concluye su discusión del noveno y décimo mandamientos enfatizando que: “estos mandamientos son como todos los otros, una acusación y una indicación continuas del estado de nuestra justicia ante Dios”⁵¹—de nuestra falta absoluta de justicia verdadera. Quien ve los Mandamientos como un juego de reglas fáciles de seguir con el fin de obtener el favor de Dios y de los hombres: “No ve... que no hay hombre que pueda llegar a cumplir uno solo de los Diez Mandamientos tal como es debido”.⁵² “Es necesario a la vez la ayuda del Credo y del Padrenuestro (como luego veremos) para buscar e implorar tal cumplimiento y obtenerlo sin cesar.”⁵³

La ayuda primera y más importante viene del Credo. Los mandamientos nos muestran “todo lo que Dios quiere que hagamos o que no hagamos.” El Credo “nos presenta todo lo que debemos esperar y recibir de Dios.”⁵⁴ En el Credo “vemos cómo se nos ha entregado el Padre juntamente con todas las cosas creadas y cómo nos provee en suma abundancia en esta vida, amén también de colmarnos de bienes inefables y eternos por medio de su Hijo y del Espíritu Santo.”⁵⁵ En el Credo aprendemos cómo Jesús, nuestro Señor, “nos ha arrancado—pobres y perdidos hombres—de las fauces del infierno, nos ha liberado y devuelto a la clemencia y gracia del Padre.”⁵⁶ En el Credo aprendemos cómo Dios ha enviado al Espíritu Santo “para traernos y adjudicarnos tal tesoro y redención” a través de la Palabra y los sacramentos.⁵⁷

“Dios mismo ha revelado y descubierto el abismo profundo de su paternal corazón y de su amor inefable en estos tres artículos.... Pues nosotros jamás podríamos llegar a conocer la clemencia y la gracia del Padre a no ser por el Señor Cristo que es un espejo del corazón del Padre, sin el cual sólo veríamos la imagen de un juez airado y terrible.

⁵¹ CMA 1, 310, LC, 432.

⁵² CMA 1, 316, LC, 433.

⁵³ CMA 1, 316, LC, 433.

⁵⁴ CMA 2, 1, LC, 437.

⁵⁵ CMA 2, 24, LC, 440.

⁵⁶ CMA 2, 30, LC, 441.

⁵⁷ CMA 2, 38, LC, 443.

Mas, por otra parte, nada podríamos saber de Cristo, si el Espíritu Santo no nos lo hubiera revelado.”⁵⁸

Es recién en este momento—luego de haber explicado las amenazas y demandas de la Ley y de haber glorificado los dones y promesas del Evangelio—que Lutero está pronto y dispuesto a hablar acerca de la oración. Es cierto que cuando Lutero habla de la oración en *El Catecismo Mayor* lo hace porque “orar es mandado severa y seriamente del mismo modo como todos los demás mandamientos.” Pero también es cierto que Lutero clara e intencionalmente ubica la discusión de este mandato en el contexto del Evangelio que recién (en la parte dos) ha acabado de glorificar. La misma estructura de *El Catecismo Mayor* permite (e incluso requiere) que digamos, por lo tanto, que también para Lutero “lo primero a saber” acerca de la oración es su relación con el Evangelio, ya que aparte del Evangelio no habría ni podría haber tal cosa como una oración que agrada a Dios. Sin las partes una y dos del catecismo, no habría una parte tres. Sin el Señor que vino a reconciliarnos con el Padre, no habría un Padrenuestro ni la posibilidad de dirigirnos a Dios como “nuestro Padre”. Tampoco podríamos jamás orar: “Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores,” si no tuviéramos el pesebre, la cruz y la tumba vacía de Jesucristo, el único Salvador del mundo.

Más aún, como veremos, en *El Catecismo Mayor* Lutero hace mucho más que simplemente recordarnos que Dios nos ordena orar. También nos dice *por qué* lo hace, y al hacerlo explica cómo la oración, junto con el Credo, es también el don de un Dios bondadoso cuyo objetivo no es agobiarnos o hacer nuestras vidas más difíciles, sino (¡al contrario!) “darnos la ayuda”⁵⁹ que necesitamos en formas que nosotros jamás podríamos lograr por nosotros mismos.

Por qué Dios nos exhorta a orar

Al ordenarnos con bondad y sabiduría a que oremos, Dios nos da, en primer lugar, una herramienta y arma poderosa para nuestras constantes luchas—contra el diablo, el mundo y nuestra carne—para vivir en obediencia a él y sus mandamientos (que nos fueron dados para nuestra bendición espiritual y temporal).

Puesto que estamos hechos de tal modo que nadie puede observar plenamente los Diez Mandamientos—aunque haya empezado a creer y el diablo se oponga a ello con toda fuerza, como asimismo el mundo y nuestra propia carne—por esto, no hay nada tan necesario como asediar de continuo a Dios, clamar y pedir que nos dé, conserve y aumente la fe y el cumplimiento de los Diez mandamientos y nos quite de en medio todo cuanto está en nuestro camino e impide.⁶⁰

Estas palabras de Lutero nos recuerdan la emotiva exhortación de San Pablo a los hermanos-soldados de Cristo, cuando dice: “... manténganse firmes en el Señor y en el poder de su fuerza. Revístanse de toda la armadura de Dios, para que puedan hacer frente a las asechanzas del diablo” (Efesios 6:10-11). A veces,

⁵⁸ CMa 2, 64-65, LC, 447

⁵⁹ CMa 1, 316, LC, 433

⁶⁰ CMa 3, 2, LC, 448

en esta vívida descripción de la colección de armas de Dios, se pierde de vista esa pieza vital llamada oración, la cual Pablo menciona repetidamente en los últimos versículos de esta sección, donde urge a la iglesia diciendo:

Oren en todo tiempo con toda oración y súplica en el Espíritu, y manténganse atentos, siempre orando por todos los santos. Oren también por mí, para que cuando hable me sea dado el don de la palabra y dé a conocer sin temor el misterio del evangelio, del cual soy embajador en cadenas. Oren para que lo proclame sin ningún temor, que es como debo hacerlo (Efesios 6:18-20).

Aquí la oración está unida al Evangelio en un sentido doble: (1) el Espíritu que nos trae a la fe en el Evangelio nos mueve e induce a orar (v. 18), y (2) primero que nada en las peticiones que presentamos delante del Señor en oración se encuentra un pedido de coraje y valor de parte de quienes están involucrados en la tarea de proclamar el Evangelio (v. 19).

Dios nos ha dado el don de la oración, dice Lutero, para que sepamos que tenemos una manera de invocar su ayuda para hacer aquellas cosas que él nos ha mandado hacer, de tal forma que, a su vez, él pueda bendecirnos a nosotros, y también a otros a través de lo que nosotros hacemos por ellos. Pero, ¿cómo podemos estar seguros que Dios nos va a aceptar y va a recibir nuestra oración? ¿Cómo podemos nosotros, pobres pecadores, presumir de llegar ante su presencia santa? ¿Qué derecho tenemos de pedir o esperar que Dios nos dé alguna cosa buena?

Aquí otra vez, y en una forma que puede sorprender al lector que quizás esté fácilmente inclinado a esperar una simple respuesta del “Evangelio” a estas preguntas, Lutero encuentra un gran consuelo en el hecho que Dios mismo es quien nos *ordena* que oremos. La oración no es algo que nosotros hayamos inventado o creado como un medio para influenciar o manipular a Dios. No nos acercamos a Dios en oración por nuestra propia iniciativa, o en base a nuestra propia bondad o mérito. No. Nos acercamos a él, dice Lutero, porque Dios nos ha enseñado, instado y sí, hasta *ordenado* que lo hagamos. Y, sin embargo, sus mandamientos “no son difíciles de cumplir” (1 Juan 5:3) cuando son vistos en el contexto de su gracia en Cristo.

Por ello, debes concluir y pensar: Como con toda insistencia se ha ordenado que oremos, de ninguna manera ha de menospreciar nadie su oración, sino que la tendrá en grande y suma estima... Lo que pedimos y por lo cual pedimos a Dios, siempre hemos de considerarlo como algo exigido por Dios y realizado en obediencia, y pensaremos: “En cuanto a mí atañe, no sería nada, pero deberá valer, porque Dios lo ha mandado”. Así, cada cual debe presentarse siempre ante Dios—cualquiera sea su petición—en la obediencia a este mandamiento.

Pedimos y amonestamos diligentísimamente por ello a todos para que tomen estas cosas de corazón y que de modo alguno desprecien nuestra oración. Pues hasta ahora se ha enseñado en el hombre del diablo, de manera que nadie apreciaba tales cosas y se opinaba que bastaba con que la obra se llevase a cabo, sin que importara que Dios

escuchara sus ruegos o no. Esto significa arriesgar la oración al azar y murmurarla a la buena ventura y, por ello es una oración perdida.⁶¹

Lutero dice que nuestro problema es que

Nos dejamos detener y espantar por tales pensamientos. “No soy suficientemente santo, ni digno. Si fuese tan piadoso y santo como San Pedro o San Pablo, rezaría.” Pero, alejemos tales ideas cuanto podamos, puesto que el mismo mandamiento que regía para San Pablo, también me atañe a mí. El segundo mandamiento tanto se ha establecido a causa mía como por él, de modo que no pueda jactarse de tener un mandamiento mejor ni más santo...

Sea la parte primera y la más necesaria que toda nuestra oración se deba fundamentar y apoyar en la obediencia a Dios, sin que se mire nuestra persona, seamos pecadores o justos, dignos o indignos. Han de saber todos que Dios quiere que esto se tome en serio y que se airará y nos castigará si no pedimos, como fustiga toda desobediencia.⁶²

En la tercera parte del *Catecismo Mayor*, el mandamiento siempre va primero, así como la Ley siempre va antes que el Evangelio. Por lo tanto, el mandamiento de orar, como todos los mandamientos, siempre sirve al cristiano como “espejo” (que nos muestra nuestros pecados y fallas), y como “guía” (que nos muestra cómo responder en forma apropiada y fiel al amor de Dios en Cristo). Sin embargo, en ambos casos este mandamiento también debe ser visto en su correcta relación con el Evangelio, a través del cual nos lleva a la cruz de Cristo donde recibimos el perdón por nuestra desobediencia y, al mismo tiempo, nos muestra—a la luz de la cruz que nos impulsa a vivir con alegría y de buena gana como hijos de Dios—la buena y santa voluntad de nuestro Padre celestial en este área de la vida cristiana. Por lo tanto, no debería sorprendernos que Lutero encontrara una promesa del Evangelio “escondida” en el mandamiento de Dios de que oremos: “No desea que nuestras peticiones sean en vano y perdidas.” Y continúa diciendo: “Si no quisiese atender tus ruegos, no te habría ordenado orar y no lo habría impuesto por un mandamiento tan severo.”⁶³

Lo que está “escondido” se vuelve explícito en la siguiente sección del catecismo, donde Lutero ofrece una segunda razón convincente para orar:

... lo que nos debe incitar tanto más y estimular es el hecho de que Dios agregara y confirmara también una promesa, concediendo que ha de ser seguro y cierto lo que pedimos en oración, como dice en el Salmo 50[15]: “Invócame en el día de la angustia: Te libraré”; lo mismo Cristo en el evangelio de Mateo: “Pedid y se os dará... porque cualquiera que pide, recibe” (Mt 7:7-8). *Por cierto, esto debería despertar nuestro corazón e inflamarlo para orar con gozo y amor, puesto que Dios con su palabra testimonia que nuestra oración le agrada de corazón. Además, con certeza será*

⁶¹ CMa 3, 10-12, LC, 449-450

⁶² CMa 3, 15-18, LC, 450

⁶³ CMa 3, 18, LC, 450

atendida y concedida para que no la despreciemos, ni la arrojemos al viento, ni oremos al azar. Esto se lo puedes hacer presente diciendo: “Aquí vengo, amado Padre, y no pido por mi propósito, ni por dignidad propia, sino a causa de tu mandamiento y de tu promesa que no puede fallar ni mentirme.”⁶⁴

En un sermón de Pascua sobre las palabras de Jesús en Juan 16:23: “De cierto, de cierto les digo que todo lo que pidan al Padre, en mi nombre, él se los concederá”, Lutero dice que la promesa de Dios es “lo más importante” y “la base y el poder de todas las oraciones”. En este versículo, dice Lutero, Dios no sólo *promete* que va a escuchar y contestar nuestras oraciones, sino que en realidad *jura* que lo va a hacer: “De cierto, de cierto les digo...” (Juan 16:23).

Si no fuera por esta promesa, ¿quién tendría el coraje de orar? Hasta ahora hemos recurrido a muchas formas de prepararnos para orar—formas de las cuales están llenos los libros; pero, si quieres estar bien preparado, aprópiate de la promesa y, junto con ella, aférrate a Dios. Entonces tu coraje y deseo de orar pronto crecerán, un coraje que, de otra forma, nunca vas a obtener.⁶⁵

Junto con el mandamiento y la promesa de Dios, Lutero agrega una tercera razón para orar: la provisión de Dios de la “oración perfecta”, a través de la cual podemos obedecer el mandamiento de Dios y poner a prueba sus promesas. “Además, también nos incitará y nos atraerá que, fuera del mandamiento y de la promisión, Dios mismo se anticipe y nos ponga en la boca la palabra y el modo de cómo y qué hemos de orar.” Sin lugar a dudas, Lutero está hablando del Padrenuestro, que es muy superior a cualquier otra oración que podamos inventar nosotros. Dado que esta oración viene de los labios de nuestro Señor Jesucristo, y dado que él mismo nos instruyó a que oremos de esa manera, no debemos nunca pensar: “He orado, mas, ¿quién sabe cómo esto le agrada y si he encontrado la medida y el modo adecuados? Por ello, no se puede encontrar en la tierra oración más noble, porque tiene este excelente testimonio de que a Dios le agrada cordialmente oírlo. Tan valiosa es, que por ella no deberíamos aceptar las riquezas del mundo entero.”⁶⁶

En la próxima sección, cuando tratemos sobre cómo orar, hablaremos más sobre el Padrenuestro. Por el momento, sin embargo, vale notar que, si bien el Padrenuestro es sin lugar a dudas “la oración más noble de la tierra”, no es el único ejemplo de cómo Dios “ha puesto en nuestras bocas las palabras que hemos de utilizar” cuando oramos. De hecho, hay un libro entero de la Escritura que ha sido correctamente llamado “el libro de oración de la Biblia”: es el libro de los Salmos. Como dijimos antes, siempre hay una estrecha conexión entre la oración bíblica y la Palabra. Esa conexión se convierte en una unidad completa cuando oramos, no sólo de acuerdo a, sino *con las mismísimas palabras de Dios*, sean las del Salterio o las del Padrenuestro. Esa es la base de la serena confianza que Lutero tiene con respecto a esta “tercera razón” para orar.

⁶⁴ CMA 3, 19-21, LC, 450-451, énfasis agregado.

⁶⁵ *Sermons of Martin Luther*, ed. John Nicholas Lenker, Vol. 3 (Grand Rapids: Baker Book House, 1989), 168.

⁶⁶ CMA 3, 22-23, LC, 451

Finalmente, *El Catecismo Mayor* nos da una cuarta razón para orar. Y si no es la razón más sublime, teológicamente hablando, quizás sea la más obvia e incluso—desde el punto de vista humano—la más convincente. La oración “ha sido prescrita de esta manera”, dice Lutero, “con el fin de que veamos y consideremos la necesidad que nos ha de impeler y obligar a orar continuamente.”⁶⁷ Las necesidades que se sienten en lo profundo del ser producen oraciones también en lo profundo del ser que agradan a Dios.

Allí donde haya oración verdadera es menester que sea cosa seria y que se sienta su necesidad, y una necesidad tal que nos pese y nos impele a llamar y clamar. De este modo, la oración surge espontáneamente, como debe surgir. No precisa de enseñanza alguna sobre cómo debe prepararse y conseguir la devoción.⁶⁸

De más está decir que la espontaneidad en la oración no implica un rechazo de las oraciones divinamente preparadas y prescritas en las Escrituras. Sin lugar a dudas, la necesidad humana genuina

la hallarás con suficiente abundancia en el Padrenuestro. Por ello, éste también servirá para que nos acordemos de ella, la contemplemos y la tomemos de corazón, para que no nos cansemos de orar. En efecto, todos tenemos suficientemente cosas que nos faltan, pero la falla está en que no lo sentimos ni vemos. Por eso, Dios quiere también que lamentos semejante adversidad y penuria y la menciones expresamente, no como si él no la conociera, sino para que tú enciendas tu corazón a fin de desear más y con más fuerza y para que sólo extiendas ampliamente el manto y lo abras para recibir mucho.⁶⁹

Entonces, ¿por qué debo orar? ¿Cuál es el propósito de la oración? Resumiendo: para Lutero, en *El Catecismo Mayor*, es una respuesta con cuatro puntos. Primero, debemos orar porque Dios nos lo ha mandado. Al igual que todos los mandamientos de Dios, este mandamiento no debe ser tomado a la ligera, ya que va acompañado de serias advertencias y amenazas de castigo para quienes no lo obedecen. Pero el cristiano—aquél que conoce a este Dios exigente también como al amoroso Padre en Jesucristo—tiene razón para alegrarse en este mandamiento. Sabemos que Dios de veras quiere escuchar nuestra oración y la acepta a pesar de que no lo merecemos, y que la va a usar para ayudarnos en nuestros esfuerzos y luchas por vivir una vida que le agrade a él y que sea de beneficio para los demás.

En segundo lugar, debemos orar porque Dios ha prometido escuchar y responder nuestras oraciones. Dios no miente: ni siquiera una vez ha quebrantado alguna de sus muchas promesas. Por lo tanto, podemos estar seguros, con Cristo como nuestra garantía, que va a mantener también esta promesa, más allá de si su respuesta a nuestras oraciones corresponde con nuestros deseos o expectativas humanas.

⁶⁷ CMa 3, 24, LC, 451

⁶⁸ CMa 3, 26, LC, 451

⁶⁹ CMa 3, 27, LC, 451-452

En tercer lugar, debemos orar porque Dios ha puesto en nuestras bocas y corazones las palabras que debemos decir: por encima de todas el Padrenuestro, pero junto con él también todas las otras expresiones de alabanza y acciones de gracia, peticiones e intercesiones, confesión de pecados y profesión de fe que le son agradables a él.

Y, finalmente, debemos orar por causa de nuestras muchas necesidades (y las necesidades de otros las cuales, a través del amor, se vuelven también nuestras). En las siete peticiones del Padrenuestro “está comprendida toda la necesidad que nos concierne sin cesar, y cada una es tan grande que nos debería impulsar a rogar por ella durante toda nuestra vida.”⁷⁰ Al mismo tiempo, nos deben recordar cada día la tierna misericordia y abundante gracia de nuestro Padre celestial, quien ha prometido proveer para todas nuestras necesidades “conforme a sus riquezas en gloria en Cristo Jesús” (Filipenses 4:19).

La oración y la paradoja de influenciar a un Dios inmutable

Aun a la luz de la discusión anterior, siguen quedando preguntas acerca del propósito de la oración que se extienden e incluso sobrepasan los límites de la comprensión humana. Está claro que la oración nos ayuda y beneficia por las razones antes discutidas: nos dirige a la Palabra y promesas de Dios en Cristo, y nos recuerda de nuestra dependencia de Dios y de nuestra necesidad constante de su ayuda, perdón y liberación. Nos provee con una poderosa arma para usar contra el diablo, el mundo, y nuestra carne. Nos impulsa a reflexionar no sólo sobre nuestras propias necesidades, sino también sobre las necesidades y pesares de los demás en la iglesia y en el mundo. Nos da la posibilidad de ejercitar y expresar nuestra fe en Aquél quien nos ha creado, redimido y santificado. Cuando es utilizada correcta y fielmente, sin lugar a dudas la oración nos cambia. Pero, ¿será que realmente “hace algo” para influenciar la voluntad, los planes, decretos, intenciones y acciones divinos de Dios?

Las discusiones sobre los atributos de Dios invariablemente incluyen una referencia a su divina inmutabilidad, basándose en afirmaciones de las Escrituras como: “Yo soy el Señor, y no cambio” (Malaquías 3:6), “Dios no es un simple mortal para que mienta y cambie de parecer” (Números 23:19; cf. 1 Samuel 15:29), y “Jesucristo es el mismo ayer, hoy, y por los siglos” (Hebreos 13:8). Y, sin embargo, algunas de las historias más memorables acerca “del poder de la oración” en la Biblia, parecen sugerir que a veces Dios “cambia de parecer” en respuesta a los ruegos apasionados y persistentes de las personas a quienes ama. Por ejemplo, en Génesis 18 a Dios se lo muestra sinceramente abierto a la posibilidad de ser disuadido de destruir a Sodoma en respuesta a la intercesión de Abrahán. Sodoma termina siendo destruida, pero no porque Dios no esté dispuesto a considerar “cambiar de opinión”, sino porque en ella ni siquiera se pudieron encontrar diez personas rectas. En Éxodo 32:7-10, luego del incidente del becerro de oro, Dios claramente revela a Moisés su intención de destruir a la nación de Israel. Sin embargo, cuando Moisés le suplica que tenga misericordia por Israel: “el Señor cambió de parecer y ya no le hizo daño a su pueblo” (Éxodo 32:14).

La primera parte de Joel 2 describe con terribles detalles la destrucción que Dios ha planificado para Judá en el terrible “día del Señor”. Pero la segunda mitad del capítulo sugiere que los ruegos sinceros por perdón pueden producir un cambio en el corazón de Dios: “Tal vez el Señor su Dios cambie de

⁷⁰ CMA, 34, LC, 453

parecer y deje bendiciones tras de sí” (Joel 2:14). El profeta Jonás se “enoja” con Dios (ver Jonás 4) por no cumplir sus amenazas de juicio contra Nínive. “Y al ver Dios lo que hicieron, y que se habían apartado de su mal camino, también él se arrepintió de hacerles el daño que les había anunciado, y desistió de hacerlo” (Jonás 3:10). A través del profeta Isaías, Dios le dice al Rey Ezequías: “De esta enfermedad no saldrás con vida” (Isaías 38:1). Ezequías ora, e Isaías regresa con este mensaje de Dios: “He escuchado tu oración y he visto tus lágrimas. Te voy a devolver la salud... Voy a darte quince años más de vida” (2 Reyes 20:5-6). El profeta Jeremías habla repetidamente de la disposición de Jehová de no castigar a su pueblo si Israel “regresa” a él y “corrige” sus caminos y acciones (Jeremías 18:9-11; cf. Jeremías 22:1-5). En el Nuevo Testamento, Santiago resume esta evidencia bíblica con una fuerte afirmación acerca del poder de la oración, y agrega su propio ejemplo del Antiguo Testamento:

La oración del justo es muy poderosa y efectiva. Elías era un hombre con limitaciones semejantes a las nuestras. Pero oró con fervor para que no lloviera, y durante tres años y seis meses no llovió sobre la tierra. Después volvió a orar, y el cielo dejó caer su lluvia, y la tierra dio sus frutos (Santiago 5:16-18).

En un artículo intrigante y profundo titulado: “Pastor, ¿será que Dios realmente responde mis oraciones?”, Reed Lessing nos recuerda que, cuando la Biblia dice que Dios “cambia de opinión”, está haciendo uso de un lenguaje metafórico para ayudarnos a comprender la verdadera naturaleza de Dios.⁷¹ Las metáforas expresan las verdades esenciales de Dios que se encuentran en la Biblia, pero “todas las metáforas tienen en sí mismas continuidad con el sujeto a quien se refieren, así como también discontinuidad. Por lo tanto, cada metáfora habla tanto de un ‘sí’ y un ‘no’—un ‘es’ y un ‘no es’.”⁷² La clave está en reconocer tanto el “sí” como el “no” de la metáfora en cuestión.

Estos textos de Génesis, Éxodo, Números, 1 Samuel, Jeremías, Joel y Jonás afirman dos aspectos complementarios del retrato que el Antiguo Testamento hace de Jehová. Primero, la naturaleza inmutable de Jehová nos asegura que no estamos en manos de una fuerza inestable. Sus promesas a Abrahán, Isaac y Jacob forman la columna vertebral de la narrativa bíblica. Este es un “pacto eterno” (Génesis 17:7). Nada ni nadie podrá separar al pueblo de Jehová de su amor. Este es el “no” de la metáfora. La fidelidad de Jehová para con su pueblo y sus propósitos últimos no conocen cambio. Él es “Dios, y no un hombre.”⁷³

Por otro lado:

El “sí” de la metáfora indica que no estamos en manos de una deidad blindada y exenta de sentimientos. Jehová es una persona y, como tal, entra en una relación real con su

⁷¹ Reed Lessing, “Pastor, Does God Really Respond to My Prayers?” (*Concordia Journal* 32:3 [Julio 2006]), 271. Notar también el excurso de Lessing: “When Yahweh Changes a Prior Verdict,” en *Jonah* (St. Louis: Concordia Publishing House, 2007), 324-342; y Walter A. Maier, Jr. en *Concordia Theological Quarterly*, vol. 68:2 (Abril 2004) titulado: “Does God ‘Repent’ or Change His Mind?” (127-144); y Paul R. Raabe, “When Yahweh Repents”, *Logia* 16 (2007), 31-34.

⁷² Lessing, 262.

⁷³ *Ibid.*, 268.

creación en la cual su amor lo lleva a responder a su pueblo. Si bien debe castigar a quienes no creen, podemos estar tranquilos porque sabemos que tenemos una relación con un Dios compasivo que está dispuesto y pronto a cambiar decisiones anteriores para demostrar su amor perfecto. Esto está especialmente claro en los textos donde el cambio de Jehová está basado en sus atributos de profunda compasión. El “sí” es que Jehová es un Dios que se relaciona.⁷⁴

Lessing señala que los catecismos de Lutero son evidencia que “el Reformador rechaza ambos extremos” cuando trata la pregunta de si y/o cómo podemos hablar de la oración como teniendo el potencial de “cambiar la mente de Dios”. Escribiendo con una profunda preocupación pastoral, Lutero “es cuidadoso de no crear dudas en la mente de quienes son catequizados, con respecto a la bondad de Dios y a sus promesas reveladas de que él escucha y contesta las oraciones.” Lutero insiste “en que ‘la oración del justo es muy poderosa y efectiva’ (Santiago 5:16) no porque es lógicamente compatible con las doctrinas de precognición, predestinación, etc., sino porque esto es lo que la Escritura enseña.” Lessing dice que la clave de la comprensión de Lutero de esta aparente paradoja es “su comprensión de *Deus absconditus* y *Deus revelatus*.”

Lutero enseña que la precognición de Dios es totalmente cierta y que su voluntad es absolutamente inmutable, y la ubica bajo el atributo de *Deus absconditus*—el Dios escondido. Desde esta perspectiva, Dios está más allá de nuestro alcance: está escondido en su majestad. Pero por su gracia y misericordia, este mismo Dios viene a nosotros como el *Deus revelatus*—el Dios revelado a través de la Escritura y, en su mayor expresión, a través de su Hijo Jesús.⁷⁵

Para Lutero— ¡y para nosotros!—esto no fue una simple “hipótesis”. Lessing se refiere a la ocasión en que Lutero oró fervientemente por la vida de su querido amigo Felipe Melanchthon.⁷⁶ En esa ocasión, Melanchthon se sanó. Esa conmovedora historia personal muestra que Lutero estaba totalmente convencido que Dios escucha y contesta las oraciones de su pueblo.

Sin embargo, Dios no siempre contesta afirmativamente, pues su voluntad inmutable es “buena y misericordiosa”.⁷⁷ Él conoce nuestras necesidades mejor que nosotros mismos, por lo que a menudo no nos da lo que deseamos y pedimos. Esto no quiere decir que no nos responde, o que no escucha nuestras oraciones. Dios siempre responde las oraciones de su pueblo, y *todas sus respuestas fluyen de su amor*. En un ejemplo bíblico bien conocido, Pablo oró para que Dios le aliviara de algo que lo afectaba—“una espina en mi carne”—y Dios le respondió, pero no aliviándole lo que le afectaba, sino con la Palabra de gracia “mi poder se perfecciona en la debilidad” (2 Corintios 12:7-10). Es de esa

⁷⁴ *Ibíd.*

⁷⁵ *Ibíd.*, 270.

⁷⁶ Carta 290 de Weimar a la Sra. Lutero, julio 2 de 1540, AE 50:206-210 (WA Br 9.168); AE 4:266; cf. Lessing 272, fn. 51.

⁷⁷ CMe 3:10, LC, 361. “La buena y misericordiosa voluntad de Dios se hace, en verdad, sin nuestra oración; pero rogamos con esta petición que se haga también entre nosotros”.

manera que Dios también lleva a cabo su buena y misericordiosa voluntad en respuesta a nuestras oraciones.

Por lo tanto, volvemos a las preguntas que con frecuencia escuchan los pastores: “Pastor, ¿debo orar para que mi hija se sane... para que se acabe la sequía... para que mi jefe me aumente el sueldo?” Lessing sugiere una buena respuesta:

Querido feligrés, nuestro Dios nos ama tanto, que con confianza podemos creer en una cantidad de promesas e historias bíblicas que nos invitan a pedirle al Padre que, por la obra de su Hijo Jesús, revierta una decisión anterior (cf. 2 Corintios 12:7-10). Y, quién sabe, quizás por Jesús él revierta una enfermedad, un vientre infértil, una relación quebrantada. Pero, si no lo hace, también oramos: “Pero que no se haga lo que yo quiero, sino lo que quieres tú” (Marcos 14:36).⁷⁸

Una pregunta final

La discusión anterior nos ayuda a contestar—tanto como es posible—la pregunta sobre “cómo” responde el Dios inmutable nuestras oraciones. Pero, ¿por qué quiere Dios comunicarse con nosotros? ¿Por qué está interesado en escuchar y recibir nuestras oraciones en primer lugar? Aun antes que oremos Dios ya sabe lo que nosotros (y los demás) necesitamos, y por qué lo necesitamos. Y Dios en sí mismo no necesita nada de nosotros (ver Salmo 50:12-15; Hechos 17:25). Ciertamente no “necesita” nuestras oraciones y adoración, sea por la “información” que proveen, o por la “afirmación” que ofrecen. Entonces, ¿por qué será que Dios *está* interesado en escuchar nuestras oraciones?

Al hacer esta pregunta, estamos abordando el tema mismo del misterio del Evangelio, la naturaleza inexplicable del amor de Dios, y el misterio de su deseo de intimidad con quienes él ha creado y redimido. Peter Brunner escribe:

Antes de la caída, cada respiro de la más importante de todas las criaturas decía: “Sí, Padre.” Y esta confirmación de su amor no era pronunciada como una elección entre un sí y un no, sino que era hecha sin cuestionar, con una espontánea auto-evidencia que no conoce elección y que es, sin embargo—y por ese mismo hecho—la manifestación de la verdadera e inmaculada libertad del hombre. Aquí ya estamos viendo el milagro, que no puede ser menos que una ofensa para cualquiera de afuera pero que, para el creyente, representa la dicha completa del amor de Dios, esto es, que el amor del hombre, expresado en la oración, alabanza y adoración a Dios, es ambos en uno: un don de amor del cielo, y un hecho mental personal del “yo” creado.”⁷⁹

Cuando nuestra oración: “Venga a nos tu reino”, sea contestada en forma definitiva y total, una vez más le diremos “sí” a Dios “sin cuestionar, con una auto-evidencia espontánea”, con alabanzas y acciones de gracias: “Cuando llegue el momento, devolveré a los pueblos la pureza de labios, para que todos invoquen mi nombre y me sirvan con espíritu unánime” (Sofonías 3:9).

⁷⁸ *Ibíd.*, 273.

⁷⁹ Peter Brunner, *Worship in the Name of Jesus* (St. Louis: Concordia Publishing House, 1968), 37.

Pero aun estando caídos, Dios continúa buscándonos activamente—así como buscó a Adán y Eva y a Caín después de la Caída (Génesis 3-4) —con el objetivo de deleitarse en nuestra presencia, compañía, y alabanza.

El Señor está en medio de ti, y te salvará con su poder; por ti se regocijará y se alegrará; por amor guardará silencio, y con cánticos se regocijará por ti (Sofonías 3:17).

Todos los cobradores de impuestos y pecadores se acercaban a Jesús para escucharlo. Los fariseos y los escribas comenzaron a murmurar, y decían: “Éste recibe a los pecadores, y come con ellos.” Entonces Jesús les contó esta parábola: “¿Quién de ustedes, si tiene cien ovejas y pierde una de ellas, no deja las noventa y nueve en el desierto, y va tras la que se perdió, hasta encontrarla? Y cuando la encuentra, gozoso la pone sobre sus hombros, y al llegar a su casa reúne a sus amigos y vecinos, y les dice: ‘¡Alégrense conmigo, porque he encontrado la oveja que se me había perdido!’ Les digo que así también será en el cielo: habrá más gozo por un pecador que se arrepiente, que por noventa y nueve justos que no necesitan arrepentirse” (Lucas 15:1-7).

Miren cuánto nos ama el Padre, que nos ha concedido ser llamados hijos de Dios. Y lo somos. El mundo no nos conoce, porque no lo conoció a él (1 Juan 3:1).

¿Qué podrá separarnos del amor de Cristo? ¿Tribulación, angustia, persecución, hambre, desnudez, peligro, espada? Como está escrito: ‘Por causa de ti siempre nos llevan a la muerte, somos contados como ovejas de matadero.’ Sin embargo, en todo esto somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó (Romanos 8:35-37).

Cuando contemplo el cielo, obra de tus dedos, y la luna y las estrellas que has creado, me pregunto: ¿Qué es el ser humano, para que en él pienses? ¿Qué es la humanidad, para que la tomes en cuenta? (Salmo 8:3-4)

En definitiva, nuestra respuesta al regalo y mandamiento de orar (así como nuestra respuesta a todos los regalos y mandamientos de Dios) debe ser, junto con San Pablo, una de pura doxología:

¡Qué profundas son las riquezas de la sabiduría y del conocimiento de Dios! ¡Cuán incomprensibles son sus juicios, e inescrutables sus caminos! Porque: ¿quién ha entendido la mente del Señor? ¿O quién ha sido su consejero? ¿O quién le dio a él primero, para que él tenga que devolverlo? Ciertamente, todas las cosas son de él, y por él, y para él. ¡A él sea la gloria por siempre! Amén. (Romanos 11:33-36)

Capítulo tres: ¿Cómo oran los cristianos?

Jesús nos enseña a orar

¿Cómo oran los cristianos? La respuesta depende de quién nos enseña a orar. Como se ha dicho antes, la oración *cristiana* genuina sólo puede fluir de la fe en *Jesucristo* y el Dios Trino que él revela. Los creyentes del Antiguo Testamento oraron en el Cristo que habría de venir, revelado de antemano en la Torá, los Profetas y los Salmos (Lucas 24:44) —los mismos Salmos que hablan de Cristo (cf. Salmo 2:7; 110; Mateo 22:44; Hechos 2:34), que enseñaron a Israel a orar, y que todavía nos enseñan a nosotros hoy. La encarnación de la Palabra significa que la única manera de aprender la oración cristiana es a través del Cristo prometido y revelado.

Jesús, el Hijo de Dios en carne humana, no sólo revela en su persona la divinidad, sino que también nos muestra la *humanidad* perfecta. El Hijo de Dios, eternamente uno con el Padre (Juan 10:30), es hombre, por lo que modela una vida de oración no como algo “de otro mundo”, sino en una auténtica humanidad. La Palabra eterna hecha carne dedica tiempo a la oración (Lucas 5:16), le suplica a su Padre ante su debilidad humana (Lucas 22:42), y se encomienda a él ante la muerte (Lucas 23:46).

San Agustín nos recuerda la importancia de la encarnación para la oración cristiana:

Dios no podría haber dado al hombre un regalo mayor que hacer de su Palabra, a través de la cual creó todas las cosas, la cabeza del hombre que se une a él como sus miembros: que el hijo de Dios también sea el Hijo del hombre, un Dios con el Padre, un hombre con los hombres; de tal manera que, cuando le hablamos a Dios en oración por misericordia, no separamos el Hijo de él; y cuando el cuerpo del Hijo ora, no separa su cabeza de sí mismo: y es un Salvador de su cuerpo, nuestro Señor Jesucristo, el Hijo de Dios, que ora tanto por nosotros como en nosotros y por nosotros. *Él ora por nosotros como nuestro Sacerdote, ora en nosotros como nuestra cabeza, y ora por nosotros como nuestro Dios.*⁸⁰

Entonces los cristianos oramos al Padre a través del Hijo—y oramos *por* (o *en*) el Espíritu Santo.⁸¹ La fe viene por obra del Espíritu Santo. El don de la fe del Espíritu está enfocado en Cristo. En Cristo es que conocemos al Padre y somos invitados a orarle como sus hijos adoptivos. Por el Espíritu podemos “gritar, ‘Abba, Padre’” (Romanos 8:15; Gálatas 4:6).

⁸⁰ San Agustín, “Psalm LXXXVI”, §1, en *Expositions on the Book of Psalms in A Select Library of the Nicene and Post-Nicene Fathers of the Christian Church*, ed. Philip Schaefer, [NPNF], vol. 8 (Grand Rapids: Wm. B. Eerdmans Publishing Company, 1956), 409-410; énfasis agregado.

⁸¹ “Cada vez que el Espíritu Santo entra en la vida humana encontramos allí el origen de la oración cristiana, ya que el Espíritu es quien nos mueve a orar y quien nos instruye en la vida de oración... El Espíritu Santo es quien nos une con el Cristo viviente y, por lo tanto, nos permite entrar en una comunión viva con él. El Espíritu es quien ora por nosotros y con nosotros (Romanos 8:15,16). Él nos enseña cómo orar, ya que no sabemos orar como debíamos (Romanos 8:26).” Donald G. Bloesch, *The Struggle of Prayer* (San Francisco: Harper & Row, 1980), 37.

El Espíritu no enseña a través de simples sentimientos subjetivos. Oramos como el Espíritu Santo nos enseña en las Sagradas Escrituras, donde se nos muestra a Cristo quien da a conocer al Padre. Jesús, nuestro Sumo Sacerdote, nos enseña con sus palabras y a través de su ejemplo.

Aprender a orar de Cristo significa, como dice Lutero, que el “cómo” de la oración cristiana va en dos direcciones: “nuestro Señor Cristo mismo nos enseñó *la manera y las palabras*” para orar.⁸² La forma de la oración cristiana fluye de la fe. Oramos porque Dios se nos ha dado a conocer y ha obrado en nosotros la fe. Las palabras y contenido de la oración cristiana fluyen del hecho que aquél en quien creemos nos dirige a aprender las palabras repitiendo primero sus palabras, como las del Padrenuestro y los Salmos. Dietrich Bonhoeffer enfatiza esta conexión:

En respuesta al pedido de los discípulos, Jesús les dio el Padrenuestro. Toda oración está contenida en él. Todo lo que está incluido en las peticiones del Padrenuestro está bien; lo que no está incluido, no es oración. Todas las oraciones de la Sagrada Escritura están resumidas en el Padrenuestro, y están contenidas en su inmensurable amplitud. No son hechas superfluas por el Padrenuestro, sino que constituyen la inagotable riqueza del Padrenuestro, ya que el Padrenuestro es su resumen. Con respecto al Salterio, Lutero dice: “Penetra el Padrenuestro, y el Padrenuestro lo penetra a él, de tal manera que es posible comprender a uno en base al otro, y unirlos en una alegre armonía.” Por lo tanto, el Padrenuestro se convierte en el punto de referencia, sea que oremos en el nombre de Jesucristo o en nuestro propio nombre. Tiene sentido, entonces, que a menudo al Salterio se lo encuentre junto con el Nuevo Testamento. Pues es la oración de la Iglesia cristiana. Pertenece al Padrenuestro.⁸³

Es a través de las palabras que el mismo Dios nos ha hablado, por lo tanto, que los cristianos aprendemos a hablarle a él en oración.

El niño aprende a hablar porque su padre le habla. Aprende el lenguaje de su padre. De la misma manera, nosotros aprendemos a hablar a Dios porque Dios nos ha hablado y nos habla. Al conocer el lenguaje del Padre celestial, sus hijos aprenden a hablarle. Repitiéndole sus mismas palabras, comenzamos a orarle. Debemos hablarle a Dios sabiendo que él quiere escucharnos, pero no con el lenguaje falso y confuso de nuestro corazón, sino con el lenguaje claro y puro que Dios nos ha hablado en Jesucristo.⁸⁴

“Esto es pura gracia”, dice Bonhoeffer, “que Dios nos diga cómo le podemos hablar.”⁸⁵

La forma de la oración cristiana⁸⁶

⁸² CMA, 3, LC, 449.

⁸³ Bonhoeffer, *Psalms*, 15-16.

⁸⁴ *Ibíd.*, 11.

⁸⁵ *Ibíd.*, 15.

⁸⁶ Lutero también se refiere a la “disposición” de la oración cristiana. Habla de la obra del Espíritu Santo en los Salmos de la siguiente manera: “En este libro prepara tanto el lenguaje como la disposición con la cual debemos

Oramos como hijos de Dios, “y lo somos” (1 Juan 3:1). Pensemos en un niño de dos o tres años que recién está aprendiendo a dominar el don del habla, y consideremos cómo utiliza ese don con sus padres. Le encanta su nueva habilidad, tanto que a veces habla sin cesar, y nunca tiene miedo de pedir con confianza lo que quiere o necesita, aunque de a poco va aprendiendo que no siempre le dan todo lo que pide. El coraje de hacerlo lo recibe del amor de sus padres. Por lo tanto habla, pide, espera (Salmo 4:3).

Esa es una figura de la oración cristiana. Si “la oración no es nada más que el elevar el corazón o la mente a Dios”, entonces eso está representado por los creyentes quienes, como niños pequeños, corren a su Padre celestial con los brazos extendidos (tanto figurativa como a veces literalmente) para que él “los alce” y los lleve a la seguridad de su presencia.⁸⁷ Esta es la figura de la oración que nuestro Señor nos da cuando nos enseña: “Ustedes deben orar así: ‘Padre nuestro que estás en los cielos’” (Mateo 6:9). Lutero explica: “Con esto, Dios quiere atraernos para que creamos que él es nuestro verdadero Padre y nosotros sus verdaderos hijos, a fin de que le pidamos con valor y plena confianza, como hijos amados a su amoroso Padre.”⁸⁸

La súplica del niño pequeño no depende de su habilidad de articular palabras. Los padres responden a la necesidad de su hijo, no a su buena articulación. De la misma manera, a los hijos de Dios no los afecta el no comprender totalmente lo que necesitan o quieren decirle a Dios. Nuestro Padre no menosprecia ni siquiera las oraciones descorteses, incoherentes, vacilantes o histéricas. Su Palabra está llena de ellas: “Escucha, Señor, mis palabras; toma en cuenta mis gemidos” (Salmo 5:1). “¿Hasta cuándo, Señor? ¿Hasta cuándo me ocultarás tu rostro? ¿Te olvidarás de mí para siempre?” (Salmo 13:1). Dios no le da la espalda a tales oraciones. “Tú, Señor, escuchas las plegarias de los pobres” (Salmo 10:17a; cp. Salmo 38:9). Agustín nos recuerda que Dios escucha también nuestros deseos. “No siempre llegan a los oídos del hombre, pero nunca dejan de resonar en los oídos de Dios.”⁸⁹ El Espíritu Santo incluso cambia en oraciones los suspiros inarticulados del pueblo de Dios (Romanos 8:26).⁹⁰

Los niños no sólo lloran y suplican, sino que también se ríen con ganas, juegan y cantan. Por lo que las oraciones de los hijos de Dios a menudo son una canción alegre, y no un ruego afligido. La alabanza es una característica de sus reuniones.⁹¹ “Y llevaré a su templo mis ofrendas de alegría; y allí cantaré

presentarnos ante el Padre celestial y orar por aquello que los otros libros nos han enseñado que debemos hacerlo e imitarlo.” AE 14:286.

⁸⁷ La liturgia de la comunión comienza con la invitación: “Elevad vuestros corazones”, y la respuesta: “Los elevamos al Señor”. En muchas tradiciones, el pastor y los feligreses elevan sus manos al Señor cuando oran.

⁸⁸ CMe 3:2, LC, 360.

⁸⁹ San Agustín, “Psalm XXXVIII, 13”, NPNF, 107. Agustín también nota cómo esta realidad debería afectar nuestros anhelos y deseos, de tal manera que busquemos lo que Dios quiere para nosotros. Ver también Mateo 6:33.

⁹⁰ Hay veces en que no podemos orar con palabras, u orar como deberíamos; pero nuestros anhelos inarticulados por una vida mejor son la intercesión que el Espíritu hace por nosotros, audibles ante Dios, quien escudriña todos los corazones, y comprensibles y aceptables ante él, ya que son la voz de su Espíritu, y es de acuerdo a su voluntad que el Espíritu debe interceder por los miembros de su Hijo.” De Henry B. Swete, *The Holy Spirit in the New Testament* (London: Macmillan, 1909), 221.

⁹¹ Lutero cuenta la oración y la alabanza como una de las siete “marcas” que identifican a la iglesia. “Donde se ve y escucha orar y enseñar el Padrenuestro, o los salmos, u otros cantos espirituales son cantados de acuerdo con la

salmos al Señor” (Salmo 27:6b).⁹² Tal confianza alegre no está fuera de lugar. Ella también está basada en la palabra “Padre” que Jesús pone en nuestros labios, ya que “el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo” (2 Corintios 1:3) es ahora nuestro propio “Dios y Padre” (Gálatas 1:4). El resucitado Señor Jesús, cuya cruz fue la expiación por los pecados del mundo, le dice a María, y a todos los que creen en su nombre, que su Dios es *nuestro Dios*, y que su Padre es *nuestro Padre* (Juan 20:17). Somos bautizados y, por lo tanto, “hijos de Dios por la fe” (Gálatas 3:26-27).⁹³ Justificados por gracia a través de la fe en Jesucristo, el Hijo de Dios, con confianza y determinación se nos permite, e incluso se nos ordena, llamar al todopoderoso inmutable, omnisciente, eterno, omnipresente y santo Dios, nuestro querido y tierno Padre. Si el Hijo nos libera para que llamemos de “Padre” a Dios, ¡entonces hagámoslo con confianza (Hebreos 4:16; 1 Juan 3:21, y también Juan 8:36)!

Nuestra confianza sólo aumenta—ya que Jesús, el Hijo de Dios, nos asegura: “Ustedes no me eligieron a mí. Más bien, yo los elegí a ustedes, y los he puesto para que vayan y lleven fruto, y su fruto permanezca; para que todo lo que pidan al Padre en mi nombre, él se los conceda” (Juan 15:16). De aquí viene la encomendable costumbre de terminar las oraciones “en el nombre de Jesús”, recordando que podemos estar seguros que Dios escucha nuestras oraciones, como si fuéramos Jesús mismo. Sin embargo, la oración en el nombre de Jesús involucra más que el uso de una simple frase. Ya hemos hablado acerca de algunas malas interpretaciones del orar en nombre de Jesús. Entonces, ¿qué es lo que esto significa? Dicho simplemente, es una oración que proviene de la fe en Jesús nuestro Señor. Hallesby sugiere que “orar en el nombre de Jesús es el elemento real de la oración en nuestras oraciones. Es la mirada desesperada del alma desesperada a un Amigo misericordioso.”⁹⁴ Comentando sobre Juan 15:16, Lutero enfatiza la conexión entre ser elegido en Cristo, y la promesa que el Padre va a escuchar:

Esta [promesa] también pertenece; sí, es el poder y el resultado de su elección. Porque a través de su gracia en Cristo no sólo pasamos a ser amigos de Dios a través de él y recibimos a Dios como nuestro Padre; sino que nuestra elección también nos permite pedirle lo que necesitamos en la seguridad que lo vamos a recibir. Porque ya que continuamente nos enfrentamos con pruebas, oposición y obstáculos, tanto del diablo y del mundo como de nuestra propia carne; dado que todavía hay mucha debilidad y fragilidad tanto en nosotros como en los demás; dado que todo es imperfecto—por todas estas razones es necesario que roguemos por fuerza, ayuda y salvación en cada situación angustiante.⁹⁵

El aliento que Dios nos da a través de la oración se suma a su promesa de que él conoce nuestra condición desesperada, nuestra “debilidad y fragilidad”. A pesar de sentir terror de Saúl, David igual

palabra de Dios y la verdadera fe... uno puede estar seguro que está en la presencia de un santo pueblo cristiano de Dios.” AE 41:164.

⁹² Acerca del elemento “lúdico” de la adoración cristiana, ver Romano Guardini, *The Spirit of the Liturgy* (New York: The Crossroad Publishing Company, 1997), 61-72.

⁹³ En las primeras reflexiones cristianas sobre el Padrenuestro se encuentra presente un énfasis en el bautismo como la base para que podamos llamar “Padre” a Dios con confianza. Ver Robert L. Simpson, *The Interpretation of Prayer in the Early Church* (Philadelphia: The Westminster Press, 1965), 57.

⁹⁴ Ole Hallesby, *Prayer* (Minneapolis: Augsburg, 1994), 59.

⁹⁵ AE 24:263; énfasis agregado.

estaba seguro de un refugio: “¡Ten misericordia de mí, Dios mío; ten misericordia de mí! Yo he puesto en ti mi confianza, y bajo la sombra de tus alas me refugiaré hasta que haya pasado el peligro” (Salmo 57:1). Ni siquiera el pecado puede disminuir las oraciones confiadas de los hijos de Dios—nuestro acceso a Dios está basado en su gracia por nosotros en Cristo, y no en nuestra conducta (Romanos 5:2). Aún cuando se sentía “débil y agobiado” por el juicio de Dios por sus pecados, David pudo declarar con confianza: “Señor, tú conoces todos mis deseos; mis anhelos no te son ocultos” (Salmo 38:8-9). De la misma manera, Jesús nos asegura a nosotros: “No teman a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma. Más bien, teman a aquel que puede destruir alma y cuerpo en el infierno. ¿Acaso no se venden dos pajarillos por unas cuantas monedas? Aun así, ni uno de ellos cae a tierra sin que el Padre de ustedes lo permita, pues aun los cabellos de ustedes están todos contados. Así que no teman, pues ustedes valen más que muchos pajarillos” (Mateo 10:28-31).

En vez de cohibirnos por nuestros pecados, por la tremenda majestad del todopoderoso Dios, o por las derrotas de la vida, Jesús nos invita tiernamente a que nos acerquemos a Dios nuestro Padre con confianza y celo. La obra purificadora de Cristo en nuestras vidas resulta en buenas obras (Tito 2:14), entre las cuales ninguna es más importante que la oración.

Sin embargo, el celo por la oración—el sentido de urgencia, disciplina y entusiasmo con respecto a ella— a menudo está ausente en los creyentes. La colecta tradicional comienza con el reconocimiento de que Dios “siempre está más presto para oírnos que nosotros para suplicarle”.⁹⁶ Nos cuesta orar. Estamos cansados u ocupados, tenemos dudas, sufrimos tentaciones, pensamos para qué molestarnos si igual Dios ya sabe lo que queremos y lo que va a hacer⁹⁷—todas estas cosas, y muchas más, se interponen entre nuestra prioridad por hablar con Dios. Nos volvemos abúlicos y fallamos en apartar un tiempo, o planificar y prepararnos para orar. En lugar de ello, oramos cuando se nos ocurre o cuando sentimos que lo necesitamos. Oramos a medias, semi-conscientemente, como los discípulos que dormitaron mientras Jesús oraba al Padre en su gran agonía (Lucas 22:39-46).

También nos enfrentamos continuamente con las dudas de nuestra humanidad pecadora. ¿Será que la oración realmente importa? ¿Será que Dios me escucha? ¿Será que mis insignificantes necesidades le importan a un Dios eterno? La oración suena a algo tonto para el escéptico. Parece contraria a nuestro pragmatismo natural que constantemente dice: “¡Haz algo!”, y ve a la oración como otra manera de titubear. Nuestros corazones se enfrían con mucha facilidad.

Dado que tales fuerzas distraen constantemente nuestras oraciones, sólo podemos orar en nuestro Señor Jesús. Sólo él—con su poder, su amor, su verdad y su Palabra—puede vencer el continuo desaliento y dudas de nuestros corazones. “Señor, enséñanos a orar”, no es un pedido hecho una vez y para siempre, sino la petición constante de los pecadores-santos en Cristo. Sólo Cristo puede encender nuestra fe de tal manera que nuevamente nos demos cuenta del gran tesoro que tenemos en la invitación del Señor del cielo y de la tierra de acercarnos a él para hablarle. La forma de orar que

⁹⁶ La colecta para el Undécimo Domingo después de Trinidad. Ver *Culto Cristiano* (Publicaciones “El Escudo”, 1964), 98. La ‘colecta’ es una breve oración sobre un tema de las lecturas bíblicas para un domingo o festival en particular.

⁹⁷ Ver págs. 27ss. más arriba.

aprendemos de Cristo es esencialmente celosa y apasionada, ansiosa de invocar a Dios, urgente y constante en sus peticiones, porque tales son las oraciones que el mismo Cristo ofrece y nos exhorta a que hagamos. Jesús muestra que la oración hace que el ayuno y las noches de vigilia valgan la pena (Mateo 4:2; Lucas 6:12; Hechos 14:23). La oración es digna de perseverancia disciplinada, así como fue la de la viuda persistente en una de las historias de Jesús (Lucas 18:1-8), porque él nos asegura que su Padre nunca es sordo a nuestros pedidos, aun cuando sus respuestas parezcan demorar en llegar. El celo de Cristo produce oraciones cristianas celosas. Sólo su constancia, no la nuestra, puede ayudarnos en nuestra lucha con la oración. Él continuamente nos invita: “Pidan, y se les dará; busquen, y encontrarán; llamen, y se les abrirá” (Mateo 7:7). En nuestra lucha por mantenernos fieles en orar (ver Romanos 15:30-31; Colosenses 4:12-13), Jesús nos da su Espíritu para sostenernos (Romanos 8:26).

Otra cosa es clara acerca de la forma de la oración cristiana: no oramos solos, sino que oramos como el cuerpo de Cristo. Por lo tanto, lo hacemos con Cristo como nuestra cabeza. Él nos dijo que oremos con él—“*Nuestro Padre*” [Padrenuestro] —por lo que oramos en plural, pero no simplemente porque hay otros cristianos. Oramos primero con él, quien permitió nuestra adopción como hijos, quien dijo: “Abba, Padre” (Gálatas 4:4-7; cp. Romanos 8:15, 23; Efesios 1:3-6). Luego, en y con Cristo, oramos como parte de toda la familia de la fe, su cuerpo—la única iglesia santa, católica⁹⁸ y apostólica. La vida de oración dada a *cada* persona que cree en Cristo, es dada a *todos* los que creen en él, por lo que la preocupación de tal oración cristiana nunca es sólo por sí misma. Nadie que ore en Cristo puede orar sin preocuparse por todo el cuerpo de Cristo (Lucas 9:28; Mateo 19:13; Colosenses 4:2-3; 1 Tesalonicenses 5:25; Santiago 5:16; Hechos 12:5).

Si bien Jesús nos invita a que oremos de una manera intensamente personal, nunca nos alienta a que nos preocupemos sólo con “nuestros deseos”—algo tan evidente en la humanidad pecadora.⁹⁹ Por lo tanto, es inherente a la vida que surge del bautismo que los cristianos no sólo no oran solos, sino que también se reúnen a orar con otros creyentes en determinados tiempos y lugares. En las reuniones las oraciones pueden ser un poco diferentes ya que una persona habla por muchas, enfatizando las preocupaciones de la asamblea y de la iglesia en general, más que las privadas o individuales. Sin embargo, la forma esencial de tales oraciones no diferirá de las oraciones más privadas o individuales, ya que las oraciones corporativas también se dirigen a nuestro Padre en el cielo con la misma confianza de quienes se acercan a él en el nombre de Jesús.

Las palabras o contenido de la oración cristiana

Orar es hablarle a Dios. Por lo tanto, es importante considerar las palabras que utilizamos. Podríamos decir: “¡No importa! Dí lo que quieras.” Y, ciertamente, no estamos restringidos en lo que Dios nos permite que le digamos. Por lo tanto, las situaciones de la vida a menudo dictan el contenido de

⁹⁸ “Católica”, el término original utilizado en el Credo Niceno, no debe ser menospreciado. La raíz del término es la palabra griega para “todo”, o totalidad. No es una referencia a la Iglesia Católica Romana, sino a su universalidad y plenitud—que la iglesia de Cristo existe más allá de las barreras humanas, geográficas y temporales.

⁹⁹ Timothy J. Wengert dice que el enfoque de Martín Lutero en el Padrenuestro le evitó caer en tal solipsismo; “Luther on Prayer in the Large Catechism” en *The Pastoral Luther: Essays on Martin Luther’s Practical Theology*, Timothy J. Wengert, ed. (Grand Rapids: William B. Eerdmans Publishing Company, 2009), 181.

nuestras oraciones. Quien está sufriendo le suplica a Dios que le alivie su sufrimiento, ya que eso es lo que ocupa su mente. La persona que está aterrorizada no puede orar por otra cosa que no sea un rescate. El cristiano alienado de su cónyuge o de sus seres queridos no puede orar sobre nada más que ellos. Tales oraciones, a pesar de ser totalmente personales y de preocuparse sólo con el momento presente, siguen siendo oraciones cristianas piadosas. Las oraciones de nuestro Señor en el jardín también fueron así (Lucas 22:41-45), y la Palabra de Dios nunca desalienta tales oraciones: “Invócame en el día de la angustia; yo te libraré, y tú me honrarás” (Salmo 50:15; cp. Salmo 86:7). Tales oraciones surgen en forma casi “automática”, porque sabemos que tenemos un Dios misericordioso que ha revelado su amor en Jesucristo, su Hijo. Habiendo recibido su Espíritu Santo en el Bautismo, somos libres de realizar tales oraciones sabiendo que para el Padre, que siempre está dispuesto a escuchar, ninguna de las cosas que atañe a sus hijos es trivial.

Sin embargo, si todo lo que pensamos y todo lo que le llevamos en oración es personal e individual—“lo que me sucede a mí y lo que yo deseo”—nuestra vida de oración se empobrece. Jesús no nos deja sin darnos una guía para que tengamos una vida de oración rica. Él nos aparta de las oraciones vacías y egoístas. En ningún lugar es esto más evidente que en las peticiones del Padrenuestro (Mateo 6:7-15, Lucas 11:1-13). Allí él nos da *palabras específicas para orar*. Aun cuando nos asegura que podemos orar por todas nuestras preocupaciones, también nos muestra cosas vitales por las cuales pedirle en oración, y no deja que tratemos de descubrir por nosotros mismos las prioridades de nuestro Padre.

Del ejemplo de Cristo también es importante saber que él oró los Salmos de memoria (por ej.: Mateo 27:46 [Salmo 22]; Lucas 23:46 [Salmo 31]; Mateo 21:16 [Salmo 8:2]; Mateo 22:44 [Salmo 110]; Juan 10 [Salmo 23, Salmo 95]). El “himno” que Jesús y sus discípulos cantaron al terminar la celebración de la Pascua, antes de ir al Monte de los Olivos (Mateo 26:30) fue muy probablemente los Salmos 115-118.¹⁰⁰ Por lo tanto, desde su comienzo la iglesia ha seguido este formato de orar los Salmos (por ej.: Hechos 4:23-31, donde la iglesia ora el Salmo 2). Pablo dice que la vida de adoración de la primera iglesia incluía el “canto de salmos” (Colosenses 3:16), porque en el Salterio también tenemos contenido divino para nuestras oraciones.¹⁰¹

¡Qué regalo! Los niños pequeños no pueden madurar si sólo hablan de sus preocupaciones. La interacción con los adultos gradualmente expande sus corazones y mentes. Lo mismo es cierto para los hijos de Dios. “A través del Padre celestial, sus hijos aprenden a hablar con él. Al repetir las palabras que Dios dice, comenzamos a orar.”¹⁰² En la medida en que comenzamos a pensar y *orar* por los propósitos

¹⁰⁰ “El Señor es mi fortaleza y mi canción, Y ha sido salvación para mí. Voz de júbilo y de salvación hay en las tiendas de los justos; la diestra del Señor hace proezas. La diestra del Señor es exaltada; la diestra del Señor hace proezas. No moriré, sino que viviré, y contaré las obras del Señor. El Señor me ha reprendido severamente, pero no me ha entregado a la muerte” (Salmo 118:14-18 Nueva Biblia Latinoamericana de Hoy). Ver Michael Green, *The Message of Matthew* (Downers Grove, Ill.: Inter-Varsity Press, 2000, 277; W.F. Albright y C.S. Mann, *Matthew: Introduction, Translation, and Notes* (Garden City, New York: Doubleday & Company, Inc., 1971), 326.

¹⁰¹ “Orar los salmos en forma correcta es orarlos en el nombre de Jesús, porque la voz en el Salterio es la voz del mismo Cristo. Cristo es el centro de referencia del Libro de Salmos.” Patrick Henry Reardon, *Christ in the Psalms* (Ben Lomond, CA: Conciliar Press, 2000), xvii. El libro de Reardon es una herramienta útil que reconoce la presencia de Cristo en el Salterio (Lucas 24:44), y asiste en su uso.

¹⁰² Bonhoeffer, *Salmos*, 11.

de Dios, y no sólo los nuestros, crecemos y maduramos. Por esta razón, a través de la historia del pueblo de Dios los creyentes no sólo han orado con sus propias palabras, sino también con las palabras de otros. Han orado con las palabras de los Salmos y cánticos de la Escritura, así como también con los himnos de otros compositores.¹⁰³ Han orado con las palabras de oraciones escritas en libros de adoración y otros recursos. Han orado con pastores que hablan en y para una asamblea de creyentes, aun cuando la única palabra que la asamblea dice es “amén”. Tal oración es tan importante como las oraciones personales que elevamos a Dios en forma privada, porque en ellas nuestros corazones se abren a todo el pueblo de Dios y sus necesidades, y a las preocupaciones que el mismo Dios pone en nuestras oraciones.

Los cristianos de todos los tiempos han orado el Padrenuestro con la fe simple que, dado que Jesús nos lo dio para enseñarnos cómo orar, debemos hacerlo.¹⁰⁴ Ninguna oración es más conocida, pero su valor se desmerece cuando simplemente repetimos sus palabras sin pensar en lo que decimos. Lutero recomienda que no sólo recitemos sus palabras, sino que también, en nuestras oraciones diarias, nos concentremos en cada petición de una a la vez, orando por las cosas de la fe y vida cristiana en las cuales se enfoca dicha petición.¹⁰⁵ Por lo tanto, las páginas que siguen proveen una mirada meditativa a la forma en que nuestras oraciones pueden ser moldeadas de acuerdo a las prioridades del Padrenuestro.¹⁰⁶

La primera petición: “Santificado sea tu nombre”

Las tres primeras peticiones del *Padrenuestro* son inseparables, estando unidas por la cláusula final de la tercera petición: “así en la tierra como en el cielo”.¹⁰⁷ Las explicaciones que Lutero hace de estas peticiones tienen en común que todas enfatizan nuestra necesidad de algo que Dios ha prometido. El nombre de Dios es santo, su reino viene, su voluntad se hace—aun cuando nosotros no oremos—*sin embargo*, oramos que todo esto se haga realidad *entre nosotros*. Oramos precisamente porque “en la tierra”, al revés que “en el cielo”, el nombre de Dios es constantemente profanado, su reinado constantemente enfrenta rebelión, y su voluntad es negada a cambio de la voluntad pecaminosa de la humanidad.

Orar estas peticiones es suplicarle a Dios que sea *nuestro Dios*. Dios “quiere que todos los hombres sean salvos y lleguen a conocer la verdad” (1 Timoteo 2:4), pero no podemos salvarnos a nosotros mismos, o

¹⁰³ Note el ejemplo de Ezra, quien ora a través de los Salmos en 9:6 (Salmo 38:4), 9:7 (Salmo 106:6), y 9:8 (Salmo 13:3).

¹⁰⁴ “Como él [Cristo] ha dicho, *todo lo que pidamos al Padre en su nombre, él nos lo dará, ¿cuánto más efectivamente obtenemos lo que pedimos en el nombre de Cristo si lo pedimos en sus propias palabras?*” Cyprian, *The Lord’s Prayer*, § 1 en *The Treatises of S. Caecilius Cyprian, Bishop of Carthage, and Martyr* (Oxford: James Parker y Co. y Rivingtons, 1876), 178.

¹⁰⁵ AE 42:194-195

¹⁰⁶ Estos comentarios sobre las siete peticiones no ofrecen nada nuevo o profundo. No pueden remplazar ni deben distraer a los luteranos confesionales en particular de los mucho más importantes comentarios de Lutero (especialmente en el *Catecismo Mayor*), para no mencionar los muchos otros comentarios que existen (por ej.: Cipriano, a quien Lutero hace referencia).

¹⁰⁷ Con respecto a las conexiones estructurales y teológicas de las primeras tres peticiones y la prevalencia de esta comprensión, ver Jeffrey A. Gibbs, *Matthew 1:1-11:1* (Saint Louis: Concordia Publishing House, 2006), 325-326.

alcanzar tal verdad por nuestra propia razón. Orar de la manera en que Cristo nos enseña es reconocer que ninguna otra cosa es importante, por lo cual le suplicamos a Dios para que nos haga suyos a toda costa. John Donne capturó esta necesidad desesperada en la palabras de un himno en el cual le suplicó a Dios que le “golpeara el corazón”, que doblegara su voluntad humana, que está “comprometida” y encarcelada por Satanás, porque sólo quien está cautivo de Cristo es libre.¹⁰⁸

Refiriéndose a la primera petición, Lutero dice: “En esta petición Dios se convierte en todo, y el hombre en nada.”¹⁰⁹ “Santificado sea tu nombre” resuena a través de la Escritura. La continua alabanza del “Señor” en el Antiguo Testamento santifica su nombre (Salmo 30:4; 97:12; 105:3; 106:47). En el mundo antiguo, donde un panteón de dioses con diversos nombres recibía adoración, sacrificios y oraciones, un verdadero Dios se dio a conocer a sí mismo revelando su nombre e identidad. El Dios que creó el cielo y la tierra se “presentó” personalmente a Abraham, Isaac y Jacob como “el SEÑOR”.¹¹⁰ Él se mostró de muchas maneras, para que su nombre significara algo verdadero y maravilloso. Quienes lo escucharon en fe llegaron a saber que “el Señor”, era el único Dios con verdadera fuerza y poder, misericordia y gracia.

El Antiguo Testamento también revela que el santo nombre del Señor es profanado no sólo por los gentiles, sino también por Israel. Dios advierte a cualquiera que profane su nombre: “Yo me pondré en contra de ese hombre...” (Levítico 20:3). Israel lo profanó adorando y ofreciendo sacrificios paganos (Levítico 18:21), jurando deshonestamente en su nombre (Levítico 19:12), y violando sus mandamientos (Levítico 22:31-32). Hasta quienes llevaban sacrificios al “Señor” eran culpables de profanar su nombre si no escuchaban sus palabras (Ezequías 20:39).

Aquél que dijo: “Yo soy el que soy” (Éxodo 3:14), ha revelado su identidad en la Sagrada Escritura y, pre-eminentemente, en la persona y obra de Cristo (Hebreos 1:1-2). Nuestro Señor define y también santifica el nombre de Dios y revela lo que significa para nuestras vidas santificar el Nombre divino.¹¹¹ ¡Qué poco reflejamos estas virtudes y este nombre! El nombre del Dios trino, dado a nosotros en el Bautismo, es degradado diariamente, de tal manera que Dios debe santificar su nombre nuevamente. Sólo entonces podemos volver a utilizarlo correctamente en oración y adoración.¹¹²

¿Cómo es respondida esta oración? El Salmo 29 ordena a los ángeles¹¹³: “¡Rindan al Señor, seres celestiales... ríndanle la gloria digna de su nombre!”¹¹⁴ En la tierra (no así en el cielo) nuestra única

¹⁰⁸ “Batter My Heart, Three-Personed God,” en Gierson, Herbert J.C., Ed. *Metaphysical Lyrics & Poems of the 17th c.* (Oxford, The Clarendon Press, 1947), 88.

¹⁰⁹ AE 42:27.

¹¹⁰ La mayoría de las Biblias traducen el nombre de Dios como “el Señor”, utilizando algunas de ellas letras mayúsculas para diferenciarlo. Ver Génesis 12:1-7; 26:24; 28:13, donde el SEÑOR se revela a sí mismo por nombre y por obras a los patriarcas.

¹¹¹ Lutero nos recuerda que las virtudes de nuestro Señor son aspectos o “nombres” del Dios santo. “Habiendo sido bautizados en estos nombres y consagrados y santificados por ellos, por lo cual se han vuelto nuestros nombres, los hijos de Dios deben ser llamados y también ser amables, misericordiosos, puros, justos, honrados, ingenuos, amistosos, tranquilos y bien dispuestos hacia todos, incluso hacia nuestros enemigos.” AE 42:28.

¹¹² Note el significado del segundo mandamiento en el *Catecismo Menor* de Lutero.

¹¹³ Aquí el hebreo es difícil, pero las traducciones más recientes toman esto como una referencia a los ángeles o seres celestiales, mientras que los comentaristas más antiguos (como Agustino o Basil), basándose tanto en la LXX

esperanza para que el nombre sea santificado es, como nota Gibbs, la determinación de Dios de santificar su propio nombre: “Yo santificaré la grandeza de mi nombre, el cual ustedes profanaron...” (Ezequiel 36:23).¹¹⁵ Él hace esto a través de su Palabra. Por lo tanto, nosotros pedimos que su Palabra santificadora sea proclamada en forma pura “en la tierra”. Oramos por los predicadores, maestros, misioneros y todos los que proclaman a Cristo. Oramos para que, en su vida diaria, el pueblo de Dios dé un testimonio fiel para que una humanidad renovada pueda santificar el nombre divino.

Santificar su nombre también es usarlo correctamente en la oración y adoración. En obediencia al segundo mandamiento, no debemos “tomar el nombre de nuestro Dios en vano” – sino para “alabar, glorificar y honrar”.¹¹⁶ A través del Salterio, el Espíritu Santo guía las oraciones del pueblo de Dios para santificar su nombre divino. Oración y adoración son elementos gemelos de “santificado sea tu nombre”, por lo que muchos salmos—por ejemplo el Salmo 18—alternan entre hablarle *a* Dios (oración) y hablar *de* Dios (adoración).¹¹⁷

Por encima de todo lo demás, entonces, el nombre de Dios es santificado cuando Jesús es confesado como Señor y su gracia es proclamada. Conocer el nombre de Dios es conocer el Evangelio centrado en la identidad misma de Dios: quién es él realmente, y lo que ha hecho.¹¹⁸ Basil dice con razón que: “cuando recordamos sus obras maravillosas, descubrimos los medios de adoración apropiados.”¹¹⁹

La Segunda Petición: “Venga a nos tu reino”

“El Padrenuestro es el evangelio puesto en oración.”¹²⁰ El Padrenuestro comienza con el evangelio— incluso el evangelio en el sentido de justificación por gracia a través de la fe—porque la primera enseñanza de nuestro Señor sobre la oración es que no podemos hacer nada, a menos que Dios sea *nuestro Dios* santificando su nombre en la Palabra hecha carne. A través de tal revelación, él nos lleva a su reino a través de su Espíritu a través de la fe. Por lo tanto, la primera petición lleva directamente a la segunda, en la cual “Oramos por la venida de ese reino que Dios nos ha prometido y que fue ganado por

o en la Vulgata que hacen un paralelismo entre los “hijos de Dios” y los “hijos de carneros”, tomaban el primer versículo como un mandamiento para la iglesia. Ver Craig A. Blasing y Carmen S. Hardin, eds., *Ancient Christian Commentary on Scripture: Psalms 1-50*, vol. 7 (Downers Grove: InterVarsity Press, 2008), 214-215.

¹¹⁴ Franz Delitzsch, *Biblical Commentary on the Psalms*, vol. 1, en *Biblical Commentary on the Old Testament* (Grand Rapids: William B. Eerdmans Publishing Company, 1949), 368.

¹¹⁵ Gibbs, 327, traducción del autor.

¹¹⁶ Lutero dice que esto es lo opuesto al pecado prohibido por el segundo mandamiento: CMa 3, 5, LC, 449 y CMa 3, 46, LC, 454.

¹¹⁷ El Salmo 117 es un paradigma para esta santificación del nombre de Dios. David repite dieciséis veces el nombre “del Señor”. Así como Pablo se jactaba en el Señor sobre su propia debilidad (2 Corintios 10:17; 11:30; 12:9; cp. Romanos 3:27; Gálatas 6:14), el alma de David también se jacta en el Señor (Salmo 34:2), exaltando el nombre del Señor que salvó al pobre y atribulado, al temeroso y hambriento, al de corazón quebrantado y espíritu destrozado. “El Señor”, por lo tanto, es el nombre del verdadero Dios que “rescata a sus siervos... que en él confían” (v.22).

¹¹⁸ Notar que Tertuliano (citado en Simpson, 44) dice que el Padrenuestro es “un epítome del evangelio.”

¹¹⁹ *On the Holy Spirit*, 8.17 (Crestwood, NY: St. Vladimir’s Seminary Press, 1980) 35. Basil reflexiona sobre la manera en que los muchos nombres o títulos dados a Dios en la Escritura iluminan su majestad y naturaleza.

¹²⁰ Simon Chan, *Liturgical Theology: The church as Worshiping Community* (Downers Grove, Ill.: InterVarsity Press, 2006), 114.

la sangre y pasión de Cristo”.¹²¹ Lutero nota que la segunda petición es que el reino de Dios “venga también a nosotros” por la obra del Espíritu Santo que instila fe en “su santa Palabra” y obediencia sagrada a nuestro Rey.¹²²

Dios se da a conocer para gobernarnos—para ser nuestro Señor y Rey. “Gobernar” puede sonar opresivo y duro a nuestros oídos, pero no es nada menos que una obra salvífica de gracia. Sólo en el gobierno y reinado de Dios podemos ser verdaderamente libres. Durante la Segunda Guerra Mundial, Helmut Thielicke predicó sobre la segunda petición en las ruinas de una iglesia recientemente bombardeada:

En estas aterradoras y funestas semanas, muchas personas parecen haberse alejado de su fe en Dios; comienzan a preguntarse cómo puede “permitir” que tales cosas sucedan. Sin embargo, sería mejor si se alienaran de su fe en los *hombres*.¹²³

El gobierno de hombres pecadores (bajo el maligno) continuamente desafía al gobierno de Dios.¹²⁴ El pecador en nosotros se rebela contra Dios, prefiriendo otro señor o gobierno (Isaías 26:13). Fallamos en ver los resultados opresivos cuando sustituimos al Dios trino por un poder/autoridad extraña. Los movimientos políticos, económicos y sociales nos llevan a buscar otro reino/autoridad y su “justicia”. ¿Cuán satisfechos debemos estar con tales reinos humanos del último siglo? Más aún, ¿cuán satisfechos *podremos* estar cuando nos demos cuenta que la alternativa máxima para el reino de Dios no es un simple reinado y autoridad terrenal, sino el reinado de Satanás?¹²⁵

Nuestro Señor nos invita a hacer eco de su sabia petición: “Venga a nos *tu* reino”. Por ahora, el gobierno de Dios no va a simplemente remplazar un reinado terrenal. Dios le da a César lo que le pertenece (Mateo 22:21). Pero sólo el gobierno de Dios nos va a proteger de los engaños del gobierno terrenal (Romanos 8:38-39). El reino de Dios nunca está lejos, gracias a la presencia de Cristo entre quienes tienen fe en él (Lucas 10:9, 11; 17:21; 21:31; Colosenses 1:13-14) hasta que venga con todo su poder visible en el día del regreso de Cristo (Marcos 9:1; cp. 1 Corintios 15:24). Su reino significa seguridad en su presencia y promesas. Su reino y gobierno están por encima de todos los otros gobernantes y autoridades (1 Timoteo 6:15, cf. Daniel 2:37). Por algo nuestro Señor nos enseña a rogar por nuestro lugar con él.

Y, sin embargo, en un mundo pecador y rebelde, el gobierno de Dios a menudo parece extraño y represivo. El buscar “primeramente el reino de Dios y su justicia” (Mateo 6:33) no significa pedirle a Dios que nos oprima como un tirano. En Cristo conocemos la bondad del Reino. A pesar de los gobernantes y autoridades peligrosos de la era presente, en él conocemos la bondad saludable de esta “perla”, este

¹²¹ Cipriano, *The Lord's Prayer*, §8, 183.

¹²² CMe, 3:7-8, LC, 361.

¹²³ *Our Heavenly Father: Sermons on the Lord's Prayer* (New York: Harper & Row, 1960), 58.

¹²⁴ Esto no niega que, como enseña la doctrina de los “dos reinos”, Dios también gobierna *a través* de hombres pecadores en instituciones terrenales como el gobierno (Romanos 13:3-4), manteniendo cierto nivel de orden, a pesar del caos del pecado y de Satanás.

¹²⁵ Cf. AE 42:38.

“tesoro”, esta “semilla”¹²⁶ (cf. Mateo 13:44-46; 13:31; Marcos 4:26-29) que anhelamos y por la cual oramos.¹²⁷

La segunda petición nos enseña a orar que el reino de Cristo crezca y se expanda como una red (Mateo 13:47-48). Oramos por corazones y puertas abiertas al Evangelio (Colosenses 4:2-4), y por su rápida propagación (2 Tesalonicenses 3:1). Esto evita que tengamos una visión limitada del reino como viniendo sólo a unos pocos de “nosotros”. Oramos por los “nosotros” de todo el pueblo de Dios (católico), todos aquellos a quienes el Señor nuestro Dios habrá de llamar (Hechos 2:39). “Es mucha la mies, pero son pocos los segadores. Por tanto, pidan al Señor de la mies que envíe segadores a cosechar la mies” (Luchas 10:2). “Esta Segunda Petición es, por lo tanto, nuestra oración misional.”¹²⁸ Con esta petición “deseamos que todo el mundo, que tan evidentemente vive en el mal y la añoranza, con temores y luchas, pueda ver y recibir esta luz, que entró al mundo hace unos dos mil años, cuando en las afueras del Imperio Romano se escuchó esa voz solitaria, pero que todavía resuena hoy, decir: “Arrepiéntanse, porque el reino de los cielos se ha acercado” (Mateo 3:2).¹²⁹

La segunda petición, al igual que la primera, da una clara nota de Evangelio—gracia pura e inmerecida. “Para enfatizar más el regalo gratis de Dios, no decimos que venimos al reino de Dios, sino que pedimos que él venga a nosotros.”¹³⁰ El mismo contenido del reino es el Evangelio. Lutero: “¿Qué significa: Reino de Dios? Respuesta: No es otra cosa que lo que antes oímos en el Credo, que Dios mandó a su hijo Cristo nuestro SEÑOR, al mundo para que nos redimiera y liberara...”¹³¹

Esta oración es concedida solamente como un regalo: “Nos dio también su Espíritu Santo para que nos hiciera presente esto por la palabra santa y para que nos iluminase por su poder en la fe y nos fortaleciese.”¹³² Dado que “El reino de Dios no es cuestión de comida ni de bebida, sino de justicia, paz y gozo en el *Espíritu Santo*” (Romanos 14:17), Lutero correctamente enfatiza que la segunda petición nos enseña a orar por el Espíritu Santo. Por el Espíritu, Cristo echó fuera demonios y llevó a su reino a aquellos que ahora son suyos (Mateo 12:28). Es en el *Espíritu Santo*, y no en el espíritu humano gobernante, que es dado el reino, y aparte del lavado del Espíritu nadie puede entrar al reino (Juan 3:5; cf. 1 Corintios 6:9-11; Tito 3:5). Esto es, por supuesto, porque sólo el Espíritu puede obrar la fe en la humanidad gobernada por el pecado y la muerte: “... nadie puede llamar ‘Señor’ a Jesús si no es por el Espíritu Santo” (1 Corintios 12:3). Por el Espíritu Santo, los pecadores se convierten en pecadores-santos

¹²⁶ Ver Guardino, 38: “... pronto notamos que el ‘reino de Dios’ no puede ser reducido a un solo concepto. Es algo poderoso, penetrante, operativo, multiforme.”

¹²⁷ El Antiguo Testamento es rico con este énfasis: “Venga a nos tu reino” hace eco de cantos como el Salmo 2, donde aprendemos a orar por el gobierno del Señor y de su Ungido. Orar esto también es orar *contra* las naciones furiosas y sus reyes (vs. 1-4, 8). Buscamos al Rey de Sión en el Hijo que el Señor ha engendrado (v. 7), rindiéndonos “a los pies de su Hijo” en humildad, antes que poniéndonos en su contra (v. 12).

¹²⁸ Theodore Graebner, *The Lord’s Prayer and the Christian Life* (St. Louis: Concordia Publishing House, 1937), 17.

¹²⁹ Alexander Schmemmann, *Our Father* (Crestwood, NY: St Vladimir’s Seminary Press, 2002), 40-41.

¹³⁰ Martin Chemnitz, *The Lord’s Prayer* (St. Louis: Concordia Publishing House, 1999), 48.

¹³¹ CMa 51, LC, 455.

¹³² CMa 51, LC, 455. También Bloesch: “Podemos acercarnos al trono de Dios sólo gracias a la justicia de Cristo que nos es comunicada a través del Espíritu Santo” (56).

que buscan de ser súbditos obedientes del reino amando el gobierno de Cristo y buscando de honrarle con sus vidas.

La Tercera Petición: “Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo”

La tercera petición es un desafío doble. Primero, hay un desafío en el texto. Jesús enseña el “Padrenuestro” tanto en Mateo 6:9-13 como en Lucas 11:1-4, pero en la versión más corta (en Lucas 11) no aparece el “hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo”. Esto llevó a que, en su respuesta a la pregunta: “¿Cómo se hace la voluntad de Dios?”, Lutero explicara el “hágase tu voluntad” como un sumario de las primeras dos peticiones. Él explica que la voluntad de Dios para nosotros es que “santifiquemos su nombre” y que permitamos “que su reino venga a nosotros”.¹³³ El *Catecismo Mayor* también explica que la tercera petición muestra nuestra necesidad “de que firmemente retengamos estas cosas y que no nos dejemos apartar de ellas”, es decir, la santidad del nombre de Dios y la necesidad de su reinado.¹³⁴ Esto nos ayuda a reconocer que la tercera petición no es primeramente acerca de lo que Dios causa o permite que suceda, sino más bien que Cristo nos guía a orar para que la obra salvadora de Dios de redención y santificación continúe en nosotros.

Segundo, la respuesta de Lutero a la *primera* pregunta del catecismo sobre la tercera petición: “¿Qué significa esto?”, nos ayuda a ver un desafío mayor aún en esta petición—el significado de “la voluntad de Dios”.¹³⁵ Ese desafío es profundizado por la cláusula final: “así en la tierra como en el cielo”. Si Dios es todopoderoso, ¿acaso su voluntad no es automática? Cipriano antes había preguntado: “Porque, ¿quién resiste a Dios, para que él no pueda hacer su propia voluntad?”¹³⁶ Muchos hacen esta pregunta, se fijan en los horrores de la historia y en los desastres naturales, y luego concluyen que tales eventos prueban que tanto la idea de la voluntad de Dios como de la existencia misma de Dios, son simplemente insostenibles.

El que Jesús nos enseñe a orar para que se haga la voluntad de Dios nos ayuda a pensar con más profundidad. Aquí, al igual que en las dos peticiones anteriores, él nos recuerda la gran separación que existe entre la tierra y el cielo. A diferencia que en el cielo, donde nada oculta la voluntad brillante y llena de gracia de Dios, en la tierra oramos “con el telón de fondo oscuro de un mundo en el cual, claramente, su voluntad no está siendo hecha”.¹³⁷ David Crump nos recuerda que: “Orar es el lenguaje de la escatología”. Vivimos “entre los tiempos”, esto es, “si bien la oración cristiana ocurre en esta vida, sus prioridades y valores son dictados por la que viene”.¹³⁸

La paradoja de la oración está resaltada en esta petición. La oración siempre busca cambios. La “voluntad de Dios” es demasiado profunda para que la podamos comprender. “Yo soy el que ha creado

¹³³ Catecismo Menor de Lutero.

¹³⁴ CMA 60, LC, 457.

¹³⁵ A menudo referida como la voluntad “causativa” o “permissiva” de Dios. Chemnitz tiene una discusión muy útil acerca de las varias formas de pensar acerca de la voluntad de Dios en el *Padrenuestro*, 51-55.

¹³⁶ Cipriano, *The Lord’s Prayer*, §9, 184.

¹³⁷ Thielicke, 69.

¹³⁸ David Crump, *Knocking on Heaven’s Door: A New Testament Theology of Petitionary Prayer* (Grand Rapid: Baker Academic, 2006), 299.

la luz y las tinieblas; yo soy el que hace la paz y crea la adversidad. Yo, el Señor, soy el que hace todo esto” (Isaías 45:7). Un terremoto es, en cierta forma, la voluntad de Dios. Sin embargo, oramos para que nadie muera por causa de él. La oración “involucra no sólo sumisión a la voluntad de Dios, sino también buscar de cambiar su voluntad”.¹³⁹ Al igual que Jacob, estamos luchando con Dios (cf. Génesis 32:28) para lograr su bendición, pero no en un intento por manipularlo o coaccionarlo para que haga lo que nosotros queremos, porque sabemos que es mejor estar en sus manos que en las nuestras. Esto es así porque la fe ve que en Cristo Dios *quiere* nuestra salvación (1 Timoteo 2:4), por más que otros aspectos de su voluntad nos confundan. Indudablemente hay muchas cosas acerca de la voluntad de Dios que son misteriosas, pero lo que es completamente ambiguo es su deseo de traer vida y salvación a través de la fe en Jesucristo (Ezequiel 18:23; 1 Timoteo 2:4; Juan 6:39-40). Por esto oramos.

Esta petición también nos obliga a reconocer la paradoja de que el todopoderoso Dios no “se sale con la suya” en todas las cosas, aun cuando su buena voluntad se cumple al fin. La tercera petición reconoce las fuerzas que son contrarias a la intención y voluntad de Dios. Jesús nos enseña a esforzarnos sinceramente en oración contra todo lo que hace a la tierra inferior al cielo. Las Escrituras nos muestran el problema real contra el cual luchamos: el maligno ejerce su propia voluntad, y nuestra voluntad caída toma parte en su rebelión.

Lutero es gráfico: el “enemigo furioso” devasta la tierra, “se agita y enfurece como enemigo encolerizado con todo su poder y fuerza. Se alía de todo lo que está debajo de él, llamando en su ayuda al mundo entero y a nuestra propia carne”.¹⁴⁰ Se desatan guerras; el poder del maligno debe ser destruido. Pero Lutero también nos advierte, no sea cosa que nuestra lucha contra el mundo pecador interfiera con el amor de Dios por ese mismo mundo. Cipriano comenta: “Por lo tanto, queridos hermanos, se puede comprender que, como el Señor nos ordena y exhorta a amar incluso a nuestros enemigos, y a orar también por quienes nos persiguen, también debemos orar por quienes aún son *terrenales*, quienes todavía no han comenzado a ser celestiales, para que en ellos también se haga la voluntad de Dios que Cristo cumplió en la salvación y renovación de la naturaleza humana”.¹⁴¹

¡Cuánto necesitamos que se haga la voluntad de Dios en medio de nuestra confusión y rebelión! No en vano en esta petición nuestro Señor nos hace orar contra nosotros mismos. Nosotros, pecadores, oramos con él: “Pero que no se haga mi voluntad, sino la tuya” (Lucas 22:42). Esta petición “presupone nuestra disposición a que nuestra voluntad sea quebrantada”.¹⁴² Busca la voluntad o el espíritu nuevo, justo, santo y libre del Salmo 51:10, donde el Espíritu Santo enseña esta paradoja: “Una voluntad libre no busca su propio camino, sino sólo la dirección que da la voluntad de Dios. Al hacer esto, se mantiene libre, sin límites y sin cadenas”.¹⁴³ Bloesch dice:

Dado que los caminos de Dios no son nuestros caminos, y que sus pensamientos no son nuestros pensamientos, la respuesta de Dios generalmente difiere un poco de lo que le

¹³⁹ Bloesch, 72. Notar también la sección anterior: “Prayer and the Paradox of Influencing an Immutable God.”

¹⁴⁰ CMa 62-63, LC, 457.

¹⁴¹ Cipriano, *The Lord's Prayer*, §12, 186.

¹⁴² Graebner, 26.

¹⁴³ AE 42:48.

pedimos. Es por ello que Lutero diría: “No es una señal mala sino una muy buen, si parece que sucede lo opuesto de lo que oramos. De la misma forma que no es una buena señal si nuestras oraciones resultan en el cumplimiento de todo lo que pedimos”.¹⁴⁴

En el mismo contexto, Lutero añadió:

Por este, su más bendito consejo, él nos capacita para recibir sus dones y sus obras. Y nosotros somos capaces de recibir sus obras y sus consejos sólo cuando nuestros propios consejos han cesado y nuestras obras han dejado de ser, y somos hechos puramente pasivos delante de Dios, tanto con respecto a nuestras actividades interiores, como exteriores... Aquí sucede lo que dice en Isaías 28:21: “La obra que realizará les parecerá extraña e inaudita”, y en el Salmo 103:11: “Tan alta como los cielos sobre la tierra (esto es, no de acuerdo a nuestros pensamientos), es su misericordia sobre los que le honran”.¹⁴⁵

En vez de profundizar en estas complejidades paradójicas, Melanchthon nos recuerda que la tercera petición es también una simple oración de obediencia a Dios.¹⁴⁶ En sus mandamientos Dios ha revelado su voluntad de una manera no demasiado elevada para nosotros (Salmo 131:1; 139:6). Nos dice lo que es bueno y lo que es malo, lo que quiere para nosotros y de lo que quiere librarnos (Lucas 12:47), y nos enseña a orar para que seamos sus discípulos fieles y hagamos su voluntad así como él nos la revela.¹⁴⁷ En el Salmo 40, el Espíritu mueve al cristiano a orar: “Hacer tu voluntad, Dios mío, me agrada; tu ley la llevo dentro de mí” (v 8), a pesar que “son muchos los males que me acechan” (v 12).

Un consentimiento humilde para con Dios puede parecer como fatalismo para algunos, pero en realidad es una petición de esperanza. La oración de Cristo en el jardín termina en la presencia de un ángel que lo fortalece, no en una sumisión a regañadientes (Lucas 22:43).¹⁴⁸ Y David nos dirige a la seguridad serena: “Señor, mi corazón no es orgulloso, ni son altivos mis ojos; no busco grandezas desmedidas, ni proezas que excedan a mis fuerzas. Todo lo contrario: he calmado y aquietado mis ansias. Soy como un niño recién amamantado en el regazo de su madre. ¡Mi alma es como un niño recién amamantado! Israel, pon tu esperanza en el Señor desde ahora y para siempre” (Salmo 131, NVI).

La Cuarta Petición: “El pan nuestro de cada día dánoslo hoy”

En las primeras tres peticiones Jesús nos recuerda que el nombre de Dios es profanado en la tierra, su reinado enfrenta rebelión, y su voluntad llena de gracia debe derrotar la abrumante oposición del

¹⁴⁴ Bloesch, 92, citando a Lutero de *Lectures on Romans* (Philadelphia: Westminster Press, 1961), 240.

¹⁴⁵ AE 25:365.

¹⁴⁶ Philip Melanchthon, *Melanchthon on Christian Doctrine*: Loci communes 1555 (Grand Rapids: Baker Book House, 1965), 303. También Lutero: “Que se haga la voluntad de Dios significa, sin lugar a dudas, nada menos que sus mandamientos sean guardados, porque a través de ellos Dios nos ha revelado su voluntad” (AE 42:43).

¹⁴⁷ Ver también Cipriano: “La voluntad de Dios es lo que Cristo ha hecho y enseñado”. *The Lord’s Prayer*, §11, 185.

¹⁴⁸ Ver Thielicke, 73: “Es la hora de los ángeles, la hora de comunión con el mundo de gloria, la hora de felicidad profunda, misteriosa, escondida.”

pecado y Satanás. Las últimas tres peticiones tratan verdades también tristes acerca del pecado, la tentación y el mal.¹⁴⁹ Podemos concluir que “la tierra es un lugar terrible” y que debemos orar por el cielo. Sin embargo, el Padrenuestro nos lleva a orar con confianza sobre el presente. La “espiritualidad” cristiana no es incorpórea ni deja de lado la creación física. La tradición de comenzar el día con el Salmo 95¹⁵⁰ nos invita a “cantar al Señor” y nos da la siguiente razón para nuestra alabanza: “En su mano están las profundidades de la tierra, y las alturas de los montes son suyas. Suyo es también el mar, pues él lo hizo, y sus manos formaron la tierra seca. ¡Vengan, y rindámosle adoración! ¡Arrodillémonos delante del Señor, *nuestro Creador!*” (vs. 4-6). La espiritualidad cristiana está anclada en la creación.

El “pan nuestro” terrenal es el objeto de la cuarta petición. La frase “pan nuestro” es a la vez familiar y un desafío. Los eruditos debaten el significado de la palabra traducida como “de cada día”.¹⁵¹ Sin embargo, la petición no es confusa. Jesús nos enseña a orar por el pan—no por carne o un pastel. Y, sea como fuera que interpretemos “de cada día”, Jesús nos está enseñando claramente a orar por el pan que es necesario en el momento y no en un futuro distante. Su enfoque no está puesto en lujos o deseos futuros, sino en el pan que va en nuestro plato de hoy.

Orar por el pan puede parecer algo demasiado pequeño luego de orar por la expansión del nombre, reino y voluntad eternos de Dios. Pero Dios, mucho más que el diablo, está en los detalles de la vida. Quizás olvidamos que la caída en pecado vino a través de un alimento, pero Dios recuerda tan pequeño detalle. El Dios de los cielos no está por encima del simple pan. “La misma grandeza de Dios se encuentra en el hecho que se condesciende con lo más pequeño”.¹⁵²

‘Dios con nosotros’ compartió nuestra carne y partió el pan. Él nos conoce mejor que nosotros mismos. Él notó el hambre de las multitudes antes que sus discípulos (Marcos 8:1-3). Aquí nos invita a confiar en los milagros diarios de la provisión de gracia del Padre, quien envía lluvia del cielo y hace que la tierra alimente al hombre y a la bestia (Salmo 72:6; 147:8; Mateo 5:45). Orar por el pan de cada día es orar por esta provisión prometida. Oramos con confianza, sabiendo que nuestro Padre vio nuestra necesidad antes de que pudiéramos pedirle (Isaías 65:24). Orar por el pan con Jesús es también, por lo tanto, aprender a dar gracias, porque la vida es sostenida de acuerdo a la voluntad llena de gracia de nuestro Padre celestial. “Por lo tanto, en esta petición se nos amonesta y enseña que los asuntos de los hombres en esta vida común no suceden atropelladamente ni por casualidad.”¹⁵³

¹⁴⁹ Ver Ebeling, 55: “La oración por nuestro pan de cada día aparece sin ninguna pretensión entre las cosas naturales y obvias de cada día.”

¹⁵⁰ El Salmo 95 es el salmo principal en el oficio de los Maitines (Oración de la Mañana).

¹⁵¹ Ver Gibbs, 331. La palabra griega *ejpiouvsiō*, -on ocurre sólo aquí en el NT. Los eruditos no están seguros de cuáles dos o más palabras griegas fueron combinadas para formarlas. “Pan necesario para la existencia” asume una derivación de *epi* más *ousia*; “pan para hoy”, deriva de *epi ten ousan*; “pan para mañana” deriva de *he epiousa hemera*, y “pan que viene” asume que el presente infinitivo de *epeimi* está detrás de la palabra en el texto. Gibbs respalda la cuarta comprensión de la frase: “enfatisa que los discípulos de Jesús no pueden procurar o proveer por sí mismos el pan para hoy; tiene que ser el pan que les llega *de la provisión del Padre*”. Para las diversas comprensiones de “de cada día” en los Padres, ver Chemnitz, *The Lord’s Prayer*, 58-61.

¹⁵² Thielicke, 86.

¹⁵³ Chemnitz, *The Lord’s Prayer*, 62.

Esta petición lucha contra la ansiedad y la avaricia. Enseña a estar satisfechos y a usar la oración contra las preocupaciones de la vida. En Mateo 6, esta petición paralela la advertencia que sigue: “Así que, no se preocupen por el día de mañana, porque el día de mañana traerá sus propias preocupaciones. ¡Ya bastante tiene cada día con su propio mal!” (Mateo 6:34). Y Pablo dice: “Así que, si tenemos sustento y abrigo, contentémonos con eso” (1 Timoteo 6:8). Y luego nos alienta, diciendo: “No se preocupen por nada. Que sus peticiones sean conocidas delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias” (Filipenses 4:6). La preocupación desaparece cuando recibimos “nuestro pan cotidiano con gratitud”.¹⁵⁴ ¡Las oraciones de la mesa son armas espirituales!

También necesitamos un arma contra la codicia. El consumismo nos envuelve en un sinfín de deseos que nos vuelven petulantes en medio de la prosperidad. Los gastrónomos demandan comidas exóticas y exigen que sean presentadas en formas especiales, pero el hijo de Dios que ora esta Palabra puede deleitarse con una miga de pan. ¿Quién es más feliz? ¿Y quién es más generoso: quien ha aprendido a orar con confianza por el pan de cada día, o quien cada vez quiere más y mejor?¹⁵⁵ Las personas no se vuelven generosas cuando son ricas, sino cuando reconocen que tienen un Dios generoso. En esta petición nuestro Señor vuelve al plural: “el pan nuestro de cada día *dánoslo* hoy”. Puedo tener todo el pan que necesito, pero en esta petición no estoy orando sólo por mí mismo, sino junto con todos aquéllos que *están* hambrientos, y con gratitud reconozco que mi saciedad es la forma a través de la cual algunos de ellos pueden ser saciados. La mayoría de las veces hay suficiente para todos. El hambre es causado más por el acopio y la codicia del hombre, que por la falta de recursos dados por Dios.

Si puedo ser el instrumento por el cual otra persona recibe su pan de cada día, entonces mi propio pan de cada día también me llega a través de otros. El granjero, el panadero, el camionero—todos ellos, y muchos más, son instrumentos diarios que Dios usa para alimentarme a mí y al mundo. Poder ver esto es darse cuenta que la cuarta petición no es algo limitado a una rodaja de pan o a la necesidad del cuerpo de recibir alimento. Lutero explica que el “pan de cada día” significa: “Todo aquello que se necesita como alimento y para satisfacción de las necesidades de esta vida”.¹⁵⁶ Por lo tanto, si bien la simplicidad del pan nos lleva a meditar en oración, esta petición también nos lleva a orar por otras necesidades, desde cosas materiales, hasta las personas cuyas vidas tocan la nuestra.¹⁵⁷ Orar la cuarta petición con Jesús es orar por el mundo, *este mundo*, donde ni la haraganería ni el egoísmo son una opción sagrada (Salmo 128:2; Efesios 4:28). Tan juntos van siempre ese “partimiento del pan y las oraciones” (Hechos 2:42¹⁵⁸), que oramos “por los reyes y por todos los que ocupan altos puestos” (1

¹⁵⁴ CMe 3:13, LC, 361.

¹⁵⁵ Quizás esta es una de las razones por la cual quienes ganan más dinero dan un menor porcentaje de sus ingresos para caridad que quienes ganan menos. Rachel Gardy: “Generosity and Income”, *BNET: The CBS Interactive Business Network*, http://findarticles.com/p/articles/mi_m4021/is_11_24/ai_95309979/.

Ver también datos del censo 2000 en

http://www.allcountries.org/uscensus/638_charity_contributions_average_dollar_amount_and.html.

¹⁵⁶ CMe 3:14, LC, 361.

¹⁵⁷ Pan, en hebreo, se refiere tanto a alimento en general como a pan específicamente, como señala Chemnitz en *The Lord's Prayer*, 57, notando que en varios pasajes la palabra “pan” significa leche de cabra (Proverbios 27:27), alimento para ganado (Salmo 147:9), y fruta (Jeremías 11:19).

¹⁵⁸ Esto se aplica ya sea que consideremos el “partir el pan” como el compartir comida o como el Santo Sacramento.

Timoteo 2:1-2), y reconocemos que, por la Palabra y la oración, todo lo que Dios ha creado es santificado (1 Timoteo 4:4-5). Junto con Lutero oramos por todo lo que la vida diaria requiere.¹⁵⁹ A través de tales medios Dios nos da su provisión.

Cipriano sugirió que el pan de cada día “puede ser comprendido tanto en el sentido espiritual como en el sentido simple, viendo que cada afirmación contiene una ayuda divina para el avance de nuestra salvación”.¹⁶⁰ Por significado “espiritual”, Cipriano tiene en mente a Aquél que dijo: “Yo soy el pan de vida” (Juan 6:35). Habiendo recibido por gracia a Cristo, ese Pan por el cual nunca tememos sufrir hambre, todos los temores del cuerpo o del alma desaparecen. Entonces, junto con el pueblo de Dios de todos los tiempos, adoramos al Señor.

Desde las alturas riegas los montes,
y la tierra se sacia con el fruto de tus obras.
Haces crecer la hierba para los ganados,
y las plantas que el hombre cultiva
para sacar de la tierra el pan que come
y el vino que le alegra el corazón,
el aceite que da brillo a su rostro,
y el pan que sustenta su vida [Salmo 104:13-15].

La Quinta Petición: “Perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos a nuestros deudores”

Jesús enseña la oración penitente: “Perdónanos”.¹⁶¹ Esto no es algo provisorio, como si dijéramos: “Si hemos cometido algún pecado, por favor perdónanos”. No, *hemos* pecado y Jesús nos compele a admitirlo. Somos hijos de Dios justificados por gracia a través de la fe en Cristo. Su cruz está en el corazón de esta petición y de toda oración cristiana. El orgullo muere cuando nos damos cuenta de nuestra necesidad del perdón. Cipriano llega a la conclusión obvia: “Que ningún hombre se disfrace pretendiendo ser inocente, y muera trágicamente exaltándose a sí mismo, pues es instruido y se le ha enseñado que comete pecados cada día, al ordenársele orar cada día por sus pecados”.¹⁶² La humildad nos previene de orar “así como nosotros perdonamos a nuestros deudores” con hipocresía. Lutero advierte a quienes “son ciegos a su propio pecado y magnifican el de su prójimo, diciendo: ‘No puedo y no voy a perdonarle. Nunca me voy a reconciliar con él.’”¹⁶³ Puede ser cierto que el negarse a perdonar

¹⁵⁹ Ver “¿Qué es esto: el pan cotidiano?” CMe 3:14, LC, 361.

¹⁶⁰ Cipriano, *The Lord’s Prayer*, §13, 187.

¹⁶¹ La palabra “deuda” (en oposición a “ofensa”) sigue más de cerca al griego. Una deuda indica una obligación cumplida, y no una equivocación (“ofensa”). La palabra “deuda” no nos permite tratar nuestra ofensa como trivial, pues le debemos a Dios y a nuestro prójimo nada menos que la obligación del amor. “Amarás del Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu mente, y a tu prójimo como a ti mismo” (Lucas 10:27). Ver Thielicke, 91-93.

¹⁶² Cipriano, *The Lord’s Prayer*, §15, 189–190.

¹⁶³ AE 42:65.

lastime psicológicamente al individuo que no perdona, pero un daño mucho mayor es el juicio que puede venir por el orgullo de negarse a perdonar a otros, como nos recuerda Lutero.¹⁶⁴

Sólo la humildad que Dios puede prevenir el orgullo que asume que “mis pecados son perdonables”, pero no así los del otro. Pero, aun así, aquí todavía hay más que una lección de humildad. Estas palabras son una promesa: la promesa de Dios de que va a escuchar nuestras oraciones. Esta promesa implica el perdón de pecados, ya que “no somos dignos de recibir nada de lo que imploramos, ni tampoco lo hemos merecido, pero quiera Dios dárnoslo todo por su gracia”.¹⁶⁵ En una ironía preciosa, se nos asegura doblemente el perdón de Dios por el hecho de que Dios en realidad *nos ordena* que oremos para ser perdonados: “Lo que pedimos y por lo cual pedimos a Dios, siempre hemos de considerarlo como algo exigido por Dios y realizado en obediencia, y pensaremos: ‘En cuanto a mí atañe, no sería nada, pero deberá valer, porque Dios lo ha mandado’.”¹⁶⁶ Cuando Dios con tanta gracia nos ordena esto, es como si un hombre rico *insistiera* en dar un banquete a un mendigo que sólo se atreve a esperar una migaja.

Esta asombrosa generosidad provee la única arma contra nuestros corazones despiadados. Tarde o temprano, cada pastor va a escuchar confesar a alguna persona que la herida causada por el pecado de otro es tan profunda que, si bien quiere perdonar, no puede. “Pastor, no logro perdonar.” La persona fue molestada de niño, o perdió injustamente su trabajo, o un familiar fue asesinado—todas estas, y otras situaciones similares, a menudo dejan a los cristianos luchando consigo mismos y admitiendo en medio de lágrimas que no pueden perdonar con el corazón. Tal honestidad no puede ser tratada como algo trivial. Pero sí puede ser tratada con el amor incomparable de Dios en Cristo.

En el mandato y promesa de la quinta petición, nuestro Señor da un pronombre en plural que abarca absolutamente todo: “¡perdónanos!” Consideremos, primero, que Cristo, quien se hizo pecado por nosotros, “para que en él nosotros fuéramos hechos justicia de Dios” (2 Corintios 5:21), nos guía en esta oración a nuestro propio perdón, aun cuando él mismo también oró: “Padre, perdónalos” (Lucas 23:34) desde la cruz por nosotros. El que a él “Dios lo hizo pecado” por nosotros, resulta en expiación incluso por nuestros pecados de orgullo y “falta de perdón”. Aquí también su obra de salvación es mayor que nuestro pecado. Quien expía nuestro pecado se une a nosotros para librarnos también de ese pecado.

Segundo, el “perdónanos” de la quinta petición está puesto en nuestros labios de tal forma que oramos por todos los pecadores, incluyendo aquéllos por quienes no sentimos deseos de perdonar. No es una hipocresía orar contra mis sentimientos—al contrario, es mi única esperanza de triunfar contra esos sentimientos que, si no son controlados, pueden apartarme de Cristo. Al hacerlo, oro por una absolución

¹⁶⁴ “¡Ten cuidado, hombre! No el que ofende, sino quien se niega a perdonar se hace un daño a sí mismo más grande que el que el mundo entero podría hacer.” AE 42:66. Lutero agrega que el chisme es una marca frecuente del orgullo despiadado hacia el otro: “¡Oh, hipócrita y charlatán! Si de veras fueras amigo de tu prójimo, harías silencio, y no desparramarías su desgracia con tanto placer y deleite. Tu desagrado maldito se convertiría en lástima y compasión. Le justificarías, ocultarías sus ofensas, les dirías a los demás que guardaran silencio, orarías a Dios por él, le amonestarías como a un hermano, y le ayudarías a levantarse nuevamente.”

¹⁶⁵ Vilmos Vajta, *Luther on Worship* (Philadelphia: Muhlenberg Press, 1958), 162. Ver CMe 3:16, LC, 362.

¹⁶⁶ CMa 3:11, LC, 450.

mucho más grande de la que podría obtener por mí mismo—oro con Cristo y su iglesia por *nosotros* y el perdón de *nuestros* pecados. Esto no es solamente para “mí”, sino más bien me asegura el perdón para mí y mi prójimo—incluyendo *aquél que me lastimó gravemente*. Tal gracia se extiende a todos, incluyéndome a mí cuando, ya sea por orgullo o por un trauma, estoy ciego a mi propia culpa. Tal gracia que perdona al mundo no puede excluirme ni a mí ni a mi prójimo. Al contrario, nos lleva a todos a orar juntos: “Cordero de Dios, que quitas el pecado del mundo, ten piedad de *nosotros*”. Con David oramos para que Dios, quien puede condenarnos con toda razón, cree y renueve “un corazón limpio” y “un espíritu de rectitud” dentro de nosotros (Salmo 51:10).

La Sexta Petición: No nos dejes caer en la tentación

Lutero dice: “Esta petición trae a nuestra atención la vida miserable que llevamos aquí en la tierra. No es más que una gran prueba”.¹⁶⁷ Este comentario puede parecer una exageración, si no una absoluta tontería para muchos. Después de todo, uno no tiene que estar delusivo para reconocer las bendiciones de este mundo creado y decir: “la vida es linda”. Sin embargo, Lutero también señala otro hecho: “Su enemigo es el diablo, y él anda como un león rugiente, buscando a quien devorar” (1 Peter 5:8). El rugir de Satanás a menudo puede ser ahogado por la relativa comodidad y complacencia de nuestra época, pero nuestro Señor da una petición para sacudirnos de todo engaño, una que él mismo repitió justo antes de su propia prueba en Getsemaní. “Oren para que no caigan en tentación” (Lucas 22:40).

Surge una pregunta: ¿por qué le pedimos a nuestro *Padre celestial* que no nos deje caer en tentación? Hay algo que asusta en ese lenguaje. De cierta manera sugiere que Dios está conectado con la tentación. Santiago nos dice que “Dios no tienta a nadie” (1:13), algo que el catecismo de Lutero afirma fuertemente.¹⁶⁸

En lo que respecta a las tentaciones, hablamos de lo que Dios “permite” más que de lo que él “a propósito provoca”, pero aun así debemos preguntar: ¿está Dios de alguna manera conectado a las tentaciones que enfrentamos?¹⁶⁹ Lutero nos ayuda a recordar que la gracia de Dios es experimentada en un mundo lleno de pecado, muerte y Satanás. A pesar de que estos enemigos nos acosan, en realidad son enemigos de Cristo. Si bien los enfrentamos en la batalla de la vida mientras él nos guía, también suplicamos que Dios nos alivie de ellos.¹⁷⁰ La vida aquí y ahora es tal, que enfrentamos la realidad que es traducida como “tentación”. Jeffrey Gibbs nos ayuda a comprender esta realidad sin suavizarla, notando que la sexta petición *debe* ser comprendida junta con la séptima “más líbranos del mal”. Notando que el Espíritu llevó a Jesús a ser tentado en el desierto (Mateo 4:1), identifica la conexión de la tentación con

¹⁶⁷ AE 42:71.

¹⁶⁸ “Dios, en verdad, no tienta a nadie...” CMe 3:18, LC, 362.

¹⁶⁹ Note cómo plantea Guardini, 78, esta pregunta: “¿Puede Dios permitir que la tentación se vuelva tan severa que *tengamos* que caer? Si negamos que puede y que, en vista de su divinidad, quizás lo haga, lo convertimos en inofensivo”.

¹⁷⁰ Ver los comentarios de Lutero sobre el Salmo 110:2b: “Debemos vivir en medio de los enemigos de Cristo... No son especialmente nuestros enemigos sino suyos, y nos molestan por causa de él. Él gobernará y conquistará de esta manera: aun cuando sus cristianos se sienten en la más profunda ansiedad, débiles, y víctimas de la muerte y el infierno, él será poderoso en ellos contra el miedo ante el diablo y los terrores del pecado y la muerte, a través de su consuelo, poder, victoria, alegría, y vida.” AE 13:279-280.

la batalla con Satanás. Esta oración, entonces, refleja “la lucha de Jesús con Satanás en el desierto en una forma realista. A veces va a ser el propósito del Padre el llevar a los discípulos de Jesús a la confrontación y conflicto con Satanás y sus tentaciones”.¹⁷¹

La sexta petición refleja una “obra extraña” de Dios, quien mata y da vida (Deuteronomio 32:39), y quien

... no quiere que sigamos el ejemplo de los Maniqueos e imaginemos que hay varios dioses: uno, la fuente de todo bien; el otro, la fuente de todo mal. Dios quiere que reconozcamos que los males que experimentamos nos llegan con su permiso. Si él no los hubiera permitido, el diablo nunca habría afligido tan terriblemente a Job (Job 1:12). Dios permite que los males nos aflijan; porque es su voluntad que, luego de ser escarmentados, nos arrojamos en su misericordia.¹⁷²

Hasta la Ley de Dios es, en cierta forma, una tentación para nosotros. Es demasiado buena para nosotros, pecadores. Mientras Dios nos dirige en el conocimiento de su verdad acerca de cómo debemos vivir, fácilmente somos intimidados por su santidad—su Ley es demasiado pura para nosotros pecadores. Al igual que Adán y Eva, queremos huir de tan apabullante santidad, aumentando así nuestra pecaminosidad. Esta paradoja hizo que Lutero comprendiera el versículo doce del Salmo 2: “Bésenle los pies, no sea que se enoje”, como una invitación a huir *hacia* el abrazo del perdón de Dios en la persona del Hijo, en vez de alejarse de sus juicios justos. “Por lo tanto, la palabra ‘beso’ tiene una gran fuerza; porque indica que debemos acoger a este Hijo con todo nuestro corazón y ver o escuchar nada más que a Cristo, y a él crucificado.”¹⁷³

Vamos a enfrentar tentaciones de todo tipo, y no somos fuertes para vencerlas. Nuestro Señor quiere que oremos porque somos débiles, y no por simple fanfarronería.¹⁷⁴ “Confiamos en su misericordia” porque por nosotros mismos somos indefensos ante las tentaciones, incluso ante los pecados obvios—falta de respeto hacia la autoridad, violencia, codicia, deshonestidad, envidia y celos. ¿Cuánto más indefensos aún somos ante la tentación de pecados que ni siquiera somos capaces de reconocer que tratamos de manipular a Dios de acuerdo a nuestros deseos ignorando su Palabra, profanando su nombre y despreciando su Evangelio y los medios a través de los cuales el Espíritu nos da a conocer su verdad? Estos son los pecados que nos “engañan y seducen, llenándonos a una fe errónea, a la desesperación y a otras grandes vergüenzas y vicios”¹⁷⁵ que nos separan de la fe en nuestro único Salvador. Estos son los mayores peligros que enfrenta la humanidad. “Porque esto es exactamente lo que significa la tentación: el permitir ser apartado de Dios.”¹⁷⁶

¹⁷¹ Gibbs, 344. La discusión sobre la sexta petición se encuentra en las páginas 337-345.

¹⁷² AE 13:135.

¹⁷³ AE 12:88.

¹⁷⁴ Cipriano: “Por lo tanto, cuando oramos que no nos deje caer en la tentación, somos advertidos por esta oración de nuestra propia debilidad y flaqueza, para que nadie presuma ni se exalte a sí mismo...” *The Lord’s Prayer*, §17, 192.

¹⁷⁵ CMe 3:18, LC, 362.

¹⁷⁶ Thielicke, 119.

Aprendemos a orar “No nos dejes caer en la tentación” del único que ha enfrentado y triunfado cada tentación (Hebreos 4:15). Oramos con los fieles: “Pon un vigilante en mi boca, oh Señor, y sella mis labios. No dejes que mi corazón caiga en la maldad. No permitas que me junte con los malvados” (Salmo 141:3-4a).¹⁷⁷

La Séptima Petición: Mas líbranos del mal.¹⁷⁸

“Mas”, la primera palabra de esta petición, significa que las peticiones sexta y séptima son inseparables. “No nos dejes caer en la tentación, mas líbranos del mal”.¹⁷⁹ Ante las trampas de la tentación no estamos indefensos, porque se nos promete una liberación final de todo mal—tal confianza es nuestra cuando oramos en y con Cristo. En su oración, nuestro Señor no define el “mal”. Este puede ser personal, como “Satanás, el maligno”¹⁸⁰ visto en el contexto del pecado, o generalizado como todo lo que es contrario al bien. Pero en vez de discutir acerca de un sentido específico del “mal”, parece ser más sabio aceptar con simplicidad la invitación de Cristo de clamar por ayuda en la vida, ya que el mal de uno u otro tipo nunca está ausente.

La muerte es la señal más contundente de la presencia del mal. Como tal, “líbranos del mal” hace eco de la oración de la cruz: “Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu” (Lucas 23:46). El Catecismo Menor nos recuerda que estamos pidiéndole a nuestro Padre que nos “conceda un fin bienaventurado”.¹⁸¹ Aun cuando la muerte parece algo lejano, esta petición condensa toda la oración cristiana en una frase. Oramos porque el mal nos rodea y nos invade. Hasta el día más soleado está lleno del poder del pecado, la muerte y Satanás. A diferencia de los optimistas de todos los tiempos, en la fe cristiana no existe la ilusión de que todos y todo es “básicamente bueno”. No hay nada ni nadie exento del maligno y su poder. El mal envenena hasta las mejores intenciones que nos da el Espíritu: “No hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero” (Romanos 7:19).

Pero esta no es la manera en que nuestra cultura generalmente piensa acerca del mal. Nuestra sociedad tiende a ver el mal de otras formas: en la degradación del medio ambiente, en la guerra, en el terrorismo, en la corrupción y en la política. Pero somos menos capaces de ver la otra cara del mal: la rebelión contra Dios y su Ley, el engaño espiritual, y Satanás. A menudo tales cosas son vistas como nada más que las reliquias sobrevivientes de la época medieval. Sin embargo, “Sólo porque no vemos algo o hemos olvidado cómo verlo, no significa que ya no existe más”.¹⁸² El mal que nos impulsa a orar es tanto la triste realidad que vemos, como la que no vemos. En la Letanía histórica, la iglesia ora para

¹⁷⁷ Traducción utilizada en las Vísperas del Lutheran Worship (St. Louis: Concordia Publishing House, 1982), 254.

¹⁷⁸ La versión abreviada del Padrenuestro en Lucas no incluye esta petición. Lutero trata la séptima petición como un resumen de toda la oración.

¹⁷⁹ Ver los comentarios sobre la sexta petición y Gibbs, 344. Chemnitz señala que el adversativo puede ser comprendido como conectando las dos últimas peticiones en un pensamiento central presentado primero en forma negativa, y luego en forma positiva.

¹⁸⁰ El uso del artículo definido en el original griego puede indicar que se trata de “el maligno”.

¹⁸¹ CMe 3:20, LC, 362. Chemnitz (*The Lord's Prayer*, 93), agrega: “Pedimos de no morir en nuestros pecados sin estar preparados y arrepentidos (Juan 8:24), sino que nos conceda un final santo para esta vida. Pedimos morir en el Señor (Apocalipsis 14:13).”

¹⁸² Thielicke, 93.

ser liberada de “todo mal”. Todo: desde “las pestes y el hambre”, hasta “la muerte eterna”.¹⁸³ Ninguno de nuestros sistemas humanos ha resuelto los males económicos; ¡y muchos menos hemos vencido el mal del pecado, Satanás, y el infierno!¹⁸⁴

Nuestra debilidad nos lleva a orar. Pero orar para que Dios nos libere supera nuestra imaginación, y ciertamente no es una actitud escapista. Pablo nos recuerda que la fuerza del mal es tan grande, que sólo puede ser enfrentada por quienes se mantienen “firmes en el Señor y en el poder de su fuerza”, protegidos por “toda la armadura de Dios” (ver Efesios 6:10-17). Es digno de notar cómo termina Pablo su llamado urgente:

Oren en el Espíritu en todo momento, con peticiones y ruegos. Manténganse alerta y perseveren en oración por todos los santos. Oren también por mí para que, cuando hable, Dios me dé las palabras para dar a conocer con valor el misterio del evangelio, por el cual soy embajador en cadenas. Oren para que lo proclame valerosamente, como debo hacerlo.¹⁸⁵

Por causa del mal oramos con y por los demás santos, para que el Evangelio sea proclamado sin temor. La magnitud del mal es tremenda. Oramos en plural: “líbranos del mal”, porque oramos por toda la iglesia y por el mundo que necesita conocer “el misterio del evangelio”. “Mi situación no es la única que cubre esta oración. De pronto me encuentro confrontado con una sociedad de personas que sufren, infinita como el océano, en el cual no soy más que una simple gota.”¹⁸⁶ Aquí otra vez, el orar los salmos enriquece el contenido de nuestras oraciones. Allí aprendemos no sólo a orar: “Muchos son, Señor, *mis* enemigos... ¡Ponme a salvo, Dios mío!” (Salmo 3:1, 7, NVI), sino también: “Por la gloria de tu nombre, ¡ayúdanos, Dios de nuestra salvación! Por causa de tu nombre, ¡líbranos y perdona *nuestros* pecados!” (Salmo 79:9, énfasis agregado).

El mal es demasiado abrumador y, sin embargo, no nos vence. “No permitamos que nos venza el mal. Es mejor vencer al mal con el bien” (Romanos 12:21). No lo vencemos con nuestro propio bien, sino sólo con el bien de Cristo que es nuestro en él. Cristo, y solamente Cristo, es el bien que vence al mal, y ese es nuestro valor y confianza. “Pero luego de decir *líbranos del mal*, no nos queda nada más por pedir después de haberle pedido a Dios que nos proteja del mal; porque teniendo eso, estamos seguros y a salvo de todos los ataques que el Diablo y el mundo nos puedan hacer.”¹⁸⁷ Aun ante el tremendo poder del mal, nuestras oraciones son dichas con confianza. Quien no cometió ningún mal (Lucas 23:22) lo venció por nosotros. Cristo es nuestra confianza, porque él “se dio a sí mismo por nuestros pecados *para líbrarnos del presente siglo malo*, conforme a la voluntad de nuestro Dios y Padre” (Gálatas 1:4, énfasis agregado). De esta manera, el Padrenuestro nos lleva de la confianza entusiasta del niño pequeño a

¹⁸³ *Lutheran Service Book*, 288.

¹⁸⁴ El mal es tanto, que Lutero dice que la séptima petición es el “resumen” de la oración, CMe 3:20, LC, 362. También dice que esta petición está al final, y no al principio, para que no busquemos una simple liberación de nuestra propia definición y olvidemos “el honor, el nombre, y la voluntad de Dios”. AE 42:75.

¹⁸⁵ Efesios 6:18-20 NVI. Comentando estos versículos, John Koenig sugiere que orar en el Espíritu significa “adorar y agradecer a Dios en el nombre de Jesús”. Koenig, 157.

¹⁸⁶ Ebeling, *The Lord's Prayer*, 105.

¹⁸⁷ Cipriano, *The Lord's Prayer*, §18, 192.

quien su Padre celestial está escuchando, a la serenidad que traen los años a los santos cuya confianza en las palabras “líbranos del mal” significa que también están prontos para “partir en paz”, porque han visto la salvación del Padre en el rostro de Jesucristo (Lucas 2:29; 2 Corintios 4:6).

Conclusión

Estamos tan acostumbrados a decir “Amén” al final de las oraciones, que a menudo olvidamos su significado. Tanto niños como adultos frecuentemente lo interpretan como simplemente el final de la oración. Sin embargo, es digno de notar que, lo que la palabra en realidad significa, es “por supuesto”, “así sea”.¹⁸⁸ Nos recuerda la importancia de la honestidad y sinceridad en la oración. El agregar nuestro ‘Amén’ a la oración de otra persona, o luego del Padrenuestro o de un Salmo, es afirmar nuestra participación—esta es también *nuestra* oración, *nuestra* confesión, *nuestro* deseo sincero. Su uso en la Escritura no es una mera formalidad, sino un recordatorio de que nada en la fe verdadera es invención nuestra o de naturaleza totalmente individual. Dios declara la verdad, dirige nuestras vidas y nuestras oraciones, y nos invita a afirmar que toda su Palabra y su obra es “por supuesto” buena (ver Deuteronomio 27:15-26, donde se le ordena a Israel a afirmar la Palabra de Dios con su “Amén”). Es cierto que cuando oramos en los servicios de adoración sólo una persona habla en voz alta, pero el amén de la asamblea debe significar nada menos que nuestra afirmación incondicional. De la misma manera, cuando oramos con Cristo, utilizando sus palabras, el amén hace que su oración sea también nuestra.

Todo esto afirma ciertos aspectos de lo que puede ser llamado énfasis tanto “evangélico” como “católico” acerca de la oración cristiana. Por un lado, los cristianos evangélicos son conocidos por a menudo insistir en que la oración debe ser algo personal y significativo—lo cual es una prioridad legítima. Lutero ya había expresado esta preocupación mucho tiempo atrás: “También deben saber que no quiero que reciten todas esas palabras en sus oraciones. Eso no sería más que un parloteo improductivo, leídas palabra por palabra de un libro como si fueran los rosarios de los laicos y las oraciones de los sacerdotes y monjes. Más bien, quiero que sus corazones sean conmovidos...”¹⁸⁹ Sólo la oración sincera y devota es genuina.

Por otro lado, muchos cristianos asumen que tal preocupación significa que uno nunca puede utilizar la oración de otra persona—“leídas de un libro”. Tal perspectiva critica las oraciones litúrgicas o memorizadas, las oraciones de la tradición eclesiástica en los oficios diarios, e incluso orar el Salterio o el Padrenuestro, diciendo que tales prácticas son “demasiado católicas”. El criticismo de Lutero con respecto a las oraciones que son “leídas palabra por palabra de un libro” puede parecer respaldar esta idea. Sin embargo, en la cita en el párrafo anterior, Lutero completa la frase diciendo: “Más bien, quiero que sus corazones sean conmovidos y *guiados* con respecto a los pensamientos que deben ser comprendidos en el Padrenuestro.”¹⁹⁰

El hecho que Jesús nos enseña a orar (dándonos incluso palabras y contenido), que la Biblia incluye las oraciones del Salterio, y que la Palabra de Dios nos llama a decir un sincero amén a su verdad, todo esto indica claramente que la oración cristiana es no sólo libre, sino *también* disciplinada. Brota del corazón, y *también* de la mente. Es subjetiva y *también* objetiva. Es dicha con sonrisas y *también* con lágrimas. Es

¹⁸⁸ Ver *mea*, definido como “¡por supuesto!” en *A Concise Hebrew and Aramaic Lexico of the Old Testament*, William L. Holladay (Grand Rapids, MI: William B. Eerdmans, 1971), 20. La raíz del término es “creer”

¹⁸⁹ AE 43:198.

¹⁹⁰ *Ibíd.*, énfasis agregado.

individual y *también* corporativa. Son palabras específicas de cada persona, y *también* comunes a cada creyente. Es tanto la absoluta simplicidad del niño que grita: *Abba*, como *también* el desafío de orar con los santos del pasado, del presente, y del futuro. Oramos como individuos, derramando las cosas secretas que sólo nosotros y Dios conocemos, y *también* oramos como el cuerpo de Cristo, la iglesia, por las necesidades comunes de toda la humanidad.

¿Qué es la oración cristiana? Es la respuesta del hijo redimido de Dios a su Padre celestial. Es el grito de quien ha sido justificado—ya sea con lágrimas o sonrisas (Salmo 28:2, 7) —pero que siempre brota de la fe en nuestro Señor Jesucristo. ¿Por qué oramos? Porque Dios, el Espíritu Santo, abre nuestros labios y llena nuestros corazones y bocas con alabanzas (Salmo 51:15) —por causa del mandamiento y promesa, por las palabras que Dios nos ha dado y por las cargas que no podemos soportar. ¿Cómo oramos? Con Cristo. Siempre, sólo en él, en sus palabras, en la confianza que sólo él puede dar.

Oramos en miles de lenguas y formas. Pero, por encima de todo, no podemos dejar de orar porque oramos por el Espíritu de Cristo, quien nos ha traído a la fe en nuestro Padre.

... el cristiano siempre tiene en él el Espíritu de súplica, y su corazón está continuamente enviando suspiros y peticiones a Dios, más allá de que esté comiendo, bebiendo o trabajando... Sin embargo, digo que la oración intencional también debe darse, tanto en forma individual como corporativa. Por la mañana y por la noche, a la mesa y cada vez que se tenga tiempo... Tal oración es algo precioso y una defensa poderosa contra el diablo y sus ataques. Porque en ella toda la cristiandad combina sus fuerzas a una voz; y cuando más fuerte ore, más efectiva es y más pronto es escuchada... Por lo tanto, es cierto que todo lo que todavía permanece, sea en el reino espiritual o secular, está siendo preservado a través de la oración.¹⁹¹

¹⁹¹ AE 21:139-140.